

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 4

CAPITULO 4

De la perfección con que María Santísima guardaba las ceremonias del templo y lo que en él le ordenaron.

463. Volviendo a proseguir nuestra divina Historia, después que la Niña Santísima consagró el templo con su presencia y habitación, fue creciendo con toda propiedad en sabiduría y gracia acerca de Dios y de los hombres. Las inteligencias que se me han dado de lo que la mano poderosa iba obrando en la Princesa del Cielo en aquellos años, me ponen como en la margen de un mar dilatadísimo y sin términos, dejándome admirada y dudosa por dónde entraré en tan inmenso piélago para salir con acierto, habiendo de ser inexcusable dejar mucho y dificultoso acertar en lo poco. Diré, pues, lo que el Altísimo me declaró en una ocasión, hablándome de esta manera:

464. Las obras que hizo en el templo la que había de ser Madre del Verbo Humanado, fueron en todo y por todo perfectísimas, y el alcanzarlas excede a la capacidad de toda humana criatura y angélica. Los actos de las virtudes interiores fueron tantos y de tan alto merecimiento y fervor, que se adelantaron a todos los de los Serafines; y tú, alma, conocerás de ellos mucho más de lo que pueden explicar tus palabras y tu lengua. Pero mi voluntad es que, en el tiempo de tu peregrinación en el cuerpo mortal, pongas a María Santísima por principio de tu alegría y la sigas por el desierto de la renunciación y negación de todo lo humano y visible. Sigúela por la perfecta imitación conforme a tus fuerzas y a la luz que recibes; ella será tu norte y tu maestra y te hará manifiesta mi voluntad y en ella hallarás mi ley

santísima escrita con el poder de mi brazo, en que meditarás de día y de noche. Ella será quien con su intercesión herirá la piedra (Num., 20, 11) de la humanidad de Cristo, para que en ese desierto redunden en ti las aguas de la Divina gracia y luz con que sea tu sed saciada, ilustrado tu entendimiento y tu voluntad inflamada. Será columna de fuego (Ex., 13, 21) que te dé luz y nube que te haga sombra y refrigerie con su protección de los ardores de las pasiones e inclemencias de tus enemigos.

465. Tendrás en ella ángel que te encamine (Ex., 23,20) y te desvíe lejos de los peligros de Babilonia y de Sodoma para que no te alcance mi castigo. Tendrás madre que te ame, amiga que te consuele, señora que te mande, protectora que te ampare y reina a quien como esclava sirvas y obedezcas. En las virtudes que obró esta Madre de mi Unigénito en el templo hallarás un arancel universal de toda la suma perfección por donde gobiernes tu vida, un espejo sin mácula en que reverbera la imagen viva del Verbo Humanado, una copia ajustada y sin erratas de toda su santidad, la hermosura de la virginidad, lo especioso de la humildad, la prontitud de la devoción y obediencia, la firmeza de la fe, la certeza de la esperanza, lo inflamado de la caridad y un copiosísimo mapa de todas las maravillas de mi diestra. Con este nivel has de regular tu vida y por este espejo quiero que la compongas y te adorne, acrecentando tu hermosura y gracia, como esposa que desea entrar en el tálamo de su esposo y señor.

466. Y si la nobleza y calidad del maestro sirve de estímulo al discípulo y le hace más amable su doctrina ¿quién puede atraerte con mayor fuerza que la maestra misma que es Madre de tu Esposo, y escogida por más pura y santa, y sin mácula de culpa, para que fuese Virgen y juntamente Madre del Unigénito del eterno

Padre y el resplandor de su divinidad en la misma sustancia? Oye, pues, a tan soberana Maestra, sigúela por su imitación y medita siempre sin intervalo sus admirables excelencias y virtudes. Y advierte que la vida y conversación que tuvo en el templo fue el original que han de copiar en sí mismas todas las almas que a su imitación se consagraron por esposas de Cristo.—Esta inteligencia y doctrina es la que me dio el Altísimo en general de las acciones que María Santísima obraba los años que vivió en el templo.

467. Pero descendiendo más en particular a sus ocupaciones, después de aquella visión de la divinidad que dije en el cap. 2, y después de haberse ofrecido toda al Señor, y a su maestra todas las cosas que tenía, quedando absolutamente pobre y resignada en manos de la obediencia, disimulando con el velo de estas virtudes los tesoros de sabiduría y gracia en que excedía a los supremos Serafines y Ángeles, pidió con humildad a los sacerdotes y maestra le ordenasen la vida y ocupaciones en que había de trabajar. Y habiéndolo conferido con especial luz que les fue dada y deseando medir por entonces los ejercicios de la divina niña con la edad de tres años, la llamaron a su presencia el sacerdote y la maestra Ana. Estuvo la Princesa del Cielo hincadas las rodillas para oírlos y, aunque la mandaron se levantase, pidió licencia con suma modestia para estar con aquella reverencia delante del ministro y sacerdote del Altísimo y de su propia maestra por el oficio y dignidad que tenían.

468. Hablóla el sacerdote y díjola: Hija, muy niña os ha traído el Señor a su casa y templo santo, pero agradece este favor y procurad lograrle trabajando mucho en servirle con verdad y corazón perfecto, en aprender todas las virtudes, para que de este lugar sagrado volváis prevenida y guarneida para llevar los trabajos del

mundo y defensoros de sus peligros. Obedeced a vuestra maestra Ana y comenzad temprano a llevar el yugo (Lam., 3, 27) suave de la virtud, para que le halléis más fácil en lo restante de la vida.—Respondió la soberana niña: Vos, señor mío, como sacerdote y ministro del Altísimo, que estáis en lugar suyo, y mi maestra juntamente, me mandaréis y enseñaréis lo que debo hacer para no errar yo en ello; y así os lo suplico con deseo de obedecer en todo a vuestra voluntad.

469. Sentían el sacerdote y la maestra Ana en su interior grande ilustración y fuerza divina para atender con particularidad a la divina niña y cuidar de ella más que de las otras doncellas; y confiriendo el gran concepto que de ella habían hecho, sin saber el misterio oculto de aquel soberano impulso, determinaron asistirla y cuidar de ella y de su gobierno con especial atención. Pero como ésta sólo podía extenderse a las acciones visibles y exteriores, no le pudieron tasar los actos interiores y afectos del corazón que sólo el Altísimo gobernaba con singular protección y gracia; y así estaba libre aquel cándido corazón de la Princesa del cielo para crecer y adelantarse en las virtudes interiores, sin perder un instante en que no obrase lo sumo y más excelente de todas.

470. Ordenóla también el sacerdote sus ocupaciones y la dijo: Hija mía, a las divinas alabanzas y cánticos del Señor asistiréis con toda reverencia y devoción y haréis siempre oración al Muy Alto por las necesidades de su Templo Santo y de su pueblo y por la venida del Mesías. A las ocho de la noche os recogeréis a dormir y al salir el alba os levantaréis a orar y bendecir al Señor hasta hora de tercia —esta hora era la que ahora las nueve—; desde tercia hasta la tarde ocuparéis en alguna labor de manos para que en todo seáis enseñada; y en la comida, que después del trabajo tomaréis, guardad la templanza que

conviene; iréis luego a oír lo que la maestra os enseñare y lo restante del día ocuparéis en la lección de las Escrituras Santas; y en todo seréis humilde, afable y obediente a lo que mandare vuestra maestra.

471. Oyó siempre la Santísima Niña de rodillas al sacerdote y pidióle la bendición y la mano y, habiéndosela besado a él y a la maestra, propuso en su corazón guardar el orden que le señalaban de su vida todo el tiempo que estuviese en el Templo y no le mandasen otra cosa; y como lo propuso lo cumplió la que era maestra de santidad y virtud, como si fuera la menor discípula. A muchas obras exteriores, más de las que le ordenaron, se extendían sus afectos y ardentísimo amor, pero sujetóle al ministro del Señor, anteponiendo el sacrificio de la perfecta y santa obediencia a sus fervores y dictamen propio; conociendo, como maestra de toda perfección, que se asegura más el cumplimiento de la voluntad divina en el humilde rendimiento de obedecer que en los deseos más altos de otras virtudes. Con este raro ejemplo quedaremos enseñadas las almas, especialmente las religiosas, a no seguir nuestros fervorcillos y dictámenes contra el de la obediencia y voluntad de los superiores, pues en ellos nos enseña Dios su gusto y beneplácito y en nuestros afectos buscamos sólo nuestro antojo; en los superiores obra Dios y en nosotros, si es contra ellos, obra la tentación, la pasión ciega y el engaño.

472. En lo que nuestra Reina y Señora se señaló, a más de lo que le ordenaron, fue pedir licencia a su maestra para servir a todas las otras doncellas y ejercitar los oficios humildes de barrer y limpiar la casa y lavar los platos. Y si bien esto parecía novedad, y más en las primogénitas, porque las trataban con mayor autoridad y respeto, pero la humildad sin semejante de la divina Princesa no podía resistirse o contenerse en los límites de la

majestad sin descender a todos los ejercicios más inferiores; y así los hacía con tan prevenida humildad, que ganaba el tiempo y ocasión de lo que otras habían de hacer, para tenerlo hecho antes que ninguna. Con la ciencia infusa conocía todos los misterios y ceremonias del templo, pero como si no las conociera las aprendió por disciplina y experiencia, sin faltar jamás a ceremonia ni acción por mínima que fuese. Era estudiosísima en su humillación y desprecio rendidísimo; y a su maestra cada día por la mañana y tarde pedía la bendición y besaba la mano, y lo mismo hacía cuando la mandaba algún acto de humildad o le daba licencia para hacerlo, y algunas veces, si lo permitía, le besaba los pies con humildad profundísima.

473. Era tan dócil la soberana Princesa, tan apacible y suave en su proceder, tan oficiosa, rendida y diligente en humillarse, en servir y respetar a todas las doncellas que vivían en el templo, que a todas robaba el corazón y a todas obedecía como si cada una fuera su maestra. Y con la inefable y celestial prudencia que tenía, ordenaba sus acciones de suerte que no se le perdiese ocasión alguna en que adelantarse a todas las obras manuales, humildes y del servicio de sus compañeras y agrado de la voluntad divina.

474. Pero ¿qué diré yo, vilísima criatura, y qué diremos todos los fieles hijos de la Iglesia Católica, llegando a escribir y ponderar este ejemplo vivo de humildad? Virtud grande nos parece que el inferior obedezca al superior y el menor al mayor y humildad grande que el igual quiera obedecer lo que le manda otro igual; pero que el inferior mande y el superior obedezca, que la reina se humille a la esclava, la santísima y perfectísima criatura a un gusanillo, la Señora del cielo y tierra a una ínfima mujercilla; y que esto sea tan de corazón y verdad ¿quién no se admira y se confunde en su desvanecida soberbia?

¿Quién se mira en este claro espejo, que no vea su infeliz presunción? ¿Quién podrá imaginar que ha conocido la humildad verdadera, cuanto menos obrarla, si la reconoce y mira en su propia esfera María Santísima? Las almas que vivimos debajo de la obediencia prometida, lleguemos a esta luz para conocer y corregir nuestros desórdenes, cuando la obediencia de los superiores que representan a Dios se nos hace molesta y dura si contradice a nuestro antojo. Quebrántese aquí nuestra dureza, humíllese la más engreída y confúndase en su vergonzosa soberbia y desvanézcase la presunción de la que se juzga por obediente y humilde, por haberse rendido tal vez a los superiores, pues no ha llegado a pensar de sí que a todas es inferior y a ninguna es igual, como lo juzgó la que es superior a todas.

475. La hermosura, gracia, el donaire y agrado de nuestra Reina eran incomparables, porque a más de estar en ella en grado perfectísimo todas las gracias y dones naturales de alma y cuerpo, como no estaban solas, antes obraba en ellas el realce de la gracia sobrenatural y divina, hacía un admirable compuesto de gracias y hermosura en el ser y en el obrar, con que llevaba la admiración y el afecto de todos; aunque la divina providencia moderaba las demostraciones que de esto hicieran cuantos la trataban, si se dejaran a la fuerza de su amor fervoroso con la Reina. En la comida y sueño era, como en las demás virtudes, perfectísima; tenía regla ajustada a la templanza, jamás excedía, ni pudo, antes moderaba algo de lo que era necesario. Y aunque el breve sueño que recibía no la impedía la altísima contemplación —como otras veces he dicho (Cf. supra n. 353)— por su voluntad le dejara; pero en virtud de la obediencia se recogía el tiempo que le habían señalado y en su humilde y pobre lecho, florido (Cant., 1, 15) de virtudes y de los Serafines y Ángeles que la guardaban y asistían, gozaba de más altas inteligencias,

fuera de la visión beatífica, y de más inflamado amor que todos ellos juntos.

476. Dispensaba el tiempo y le distribuía con rara discreción, para dar el que le tocaba a cada una de sus acciones y ocupaciones. Leía mucho en las Sagradas Escrituras antiguas; y con la ciencia infusa estaba tan capaz de todas ellas y de sus profundos misterios, que ninguno se le ocultó, porque le manifestó el Altísimo todos sus secretos y sacramentos, y con los Santos Ángeles de su custodia los trataba y confería, confirmándose en ellos y preguntándoles muchas cosas con incomparable profundidad y grande agudeza. Y si esta soberana Maestra escribiera lo que entendió, tuviéramos otras muchas escrituras divinas, y de las que tiene la Iglesia alcanzáramos toda la inteligencia perfecta de sus profundos sentidos y misterios. Pero de toda esta plenitud de ciencia se valía para el culto, alabanza y amor divino y toda la reducía a este fin, sin que en ella hubiese rayo de luz ocioso ni estéril. Era prestísima en discurrir, profundísima en entender, altísima y nobilísima en pensamientos, prudentísima en elegir y disponer, eficacísima y suavísima en obrar y en todo era una regla perfectísima y un objeto prodigioso de admiración para los hombres, para los Ángeles y, en su modo, para el mismo Señor, que la hizo toda a su corazón y agrado.

Doctrina de la soberana Señora.

477. Hija mía, la naturaleza humana es imperfecta y remisa en obrar la virtud y frágil en desfallecer, porque se inclina mucho al descanso y repugna al trabajo con todas sus fuerzas. Y cuando el alma escucha y contemporiza con las inclinaciones de la parte animal y le da mano, ella la toma de suerte que se hace superior a

las fuerzas de la razón y del espíritu y le reduce a peligrosa y vil servidumbre. En todas las almas este desorden de la naturaleza es abominable y formidable, pero sin comparación le aborrece Dios en sus ministros y religiosos, a quienes, como la obligación de ser perfectos es más legítima, así es mayor el daño de no salir siempre victoriosos de esta contienda de las pasiones. De esta tibieza en resistir y la frecuencia en ser vencidos, resulta un desaliento y perversidad de juicio, que vienen a satisfacer y quedar mal seguros con hacer algunas ceremonias muy leves de virtud, y aun les parece, sin hacer cosa de provecho, que mudan un monte de una parte a otra. Introduce con esto el demonio otros divertimientos y tentaciones y, con el poco aprecio que hacen de las leyes y ceremonias comunes de la religión, vienen a desfallecer casi en todas y, juzgándolas cada una por cosa leve y pequeña, llegan a perder el conocimiento de la virtud y vivir en una falsa seguridad.

478. Pero tú, hija mía, quiero que te guardes de tan peligroso engaño y adviertas que un descuido voluntario en una imperfección dispone y abre camino para otra, y éstas para los pecados veniales, y ellos para los mortales, y de un abismo en otro se llega al profundo y al desprecio de todo mal. Para prevenir este daño se debe atajar muy de lejos la corriente, porque una obra o ceremonia que parece pequeña es antemuralla que detiene lejos al enemigo, y los preceptos y leyes de las obras mayores obligatorias son el muro de la conciencia, y si el demonio rompe y gana la primera defensa está más cerca de ganar la segunda, y si en ésta hace portillo con algún pecado, aunque no sea gravísimo, ya tiene más fácil y seguro el asalto del reino interior del alma, y como ella se halla debilitada con los actos y hábitos viciosos, y sin las fuerzas de la gracia, no resiste con fortaleza, y el demonio que la tiene adquirida la sujetta y opriime sin hallar resistencia.

479. Considera, pues, ahora, carísima, cuánto ha de ser tu desvelo entre tantos peligros, cuánta tu obligación para no dormir entre ellos. Considerate religiosa, esposa de Cristo, prelada, enseñada, ilustrada y llena de tan singulares beneficios, y por estos títulos y otros, que en ellos debes ponderar, mide tu cuidado, pues a todos debes retorno y correspondencia a tu Señor. Trabaja, porque seas puntual en el cumplimiento de todas las ceremonias y leyes de la religión y para ti no haya ley, ni mandato, ni acción perfecta que sea pequeña; ninguna desprecies ni olvides, todas las observa con rigor, porque en los ojos de Dios todo es precioso y grande, lo que se hace por su gusto. Ciento es que le tiene en ver cumplido lo que manda y que el despreciarlo le ofende. En todo considera que tienes Esposo a quien agradar, Dios a quien servir, Padre a quien obedecer, Juez a quien temer y Maestra a quien imitar y seguir.

480. Para que todo esto lo cumplas has de renovar en tu ánimo una resolución fuerte y eficaz de no oír a tus inclinaciones ni consentir en la flojedad remisa de tu naturaleza; ni, por la dificultad que sintieres, omitir acción o ceremonia alguna, aunque sea besar la tierra, cuando sueles hacerlo, según la costumbre de la religión; lo poco y lo mucho ejecuta con afecto y constancia y serás agradable a los ojos de mi Hijo y a los míos. En las obras de supererogación pide consejo a tu Confesor y Prelado; y primero suplica a Dios que le dé acierto y llega desnuda de toda inclinación y afecto a cosa determinada, y lo que te ordenare, óyelo y escríbelo en tu corazón y ejecútalo con puntualidad; y si es posible acudir a la obediencia y consejo, nunca por ti sola determines cosa alguna por más buena que te parezca; que la voluntad de Dios se te manifestará siempre por la santa obediencia.

CAPITULO 5

Del grado perfectísimo de las virtudes de María Santísima en general y cómo las iba ejecutando.

481. Es la virtud un hábito que adorna y ennoblecet la potencia racional de la criatura y la inclina a la buena operación. Llámase hábito, porque es una cualidad permanente que con dificultad se aparta de la potencia, a diferencia del acto que se pasa luego y no permanece. Inclina y facilita la virtud a las operaciones y las hace buenas; lo que no tenía por sí sola la potencia, porque es indiferente para las obras buenas y malas. Fue adornada María Santísima desde el primer instante de su vida con los hábitos de todas las virtudes en grado eminentísimo, y continuamente fueron aumentando con nueva gracia y operaciones perfectas en que ejercitaba con altísimos merecimientos de todas las virtudes que la mano del Señor le había infundido.

482. Y aunque las potencias de esta Señora y Princesa Soberana no estaban desordenadas, ni tuvieron repugnancia que vencer, como la tenemos los demás hijos de Adán, porque a ella ni la alcanzó la culpa, ni el *fomes* que inclina al mal y resiste al bien, pero tenían aquellas ordenadas potencias capacidad para que los hábitos virtuosos las inclinasen a lo mejor y más perfecto, santo y loable. A más de esto, era criatura pasible y pura, estaba sujeta a sentir pena y a inclinarse al descanso lícito y dejar de hacer algunas obras, a lo menos de supererogación, y sin culpa pudiera sentir alguna propensión a no hacerlas. Para vencer esta natural inclinación y apetito le ayudaron los hábitos perfectísimos de las virtudes, a cuyas inclinaciones cooperó la Reina del cielo tan varonilmente, que en ningún efecto frustró ni impidió la fuerza con que la movían y purificaban en todas las

obras.

483. Con esta armonía y hermosura de todos los hábitos virtuosos estaba el alma santísima de María tan ilustrada, ennoblecida y enderezada al bien y al último fin de la criatura, tan fácil, pronta, eficaz y alegre en el bien obrar, que si fuera posible penetrar con nuestra flaca vista aquel secreto tan sagrado de su pecho, fuera el objeto más hermoso y admirable de todas las criaturas y de mayor gozo después del mismo Dios. Todo estaba en María Purísima como en su propio centro y esfera; y así tenían todas estas virtudes su última perfección sin que se pudiese decir: esto le falta para ser hermoso y consumado. Y a más de las virtudes que recibió infusas tuvo también las adquiridas, que con el uso y ejercicio granjeó. Y si en las demás almas un acto se suele decir que no es virtud, porque son necesarios muchos repetidos para adquirirla, pero las obras de María Santísima fueron tan eficaces, intensas y perfectas, que cada Una excedía a todas las de todas las demás criaturas; y conforme a esto, donde fueron tan repetidos los actos virtuosos, sin perder punto ni grado de perfectísima eficacia ¿qué hábitos serían los que esta divina Señora adquirió con sus propias obras? El fin del obrar, que hace también el acto virtuoso, porque ha de ser bueno y bien hecho, fue en María Señora nuestra el supremo de todas las obras, que es el mismo Dios; porque nada hizo que no la moviese la gracia y que no lo encaminase a la mayor gloria y beneplácito del mismo Señor, mirándole como motivo y último fin.

484. Estos dos géneros de virtudes infusas y adquiridas asientan sobre otra virtud que se llama natural, porque nace en nosotros con la misma naturaleza racional, y tiene por nombre sindéresis. Este es un conocimiento que la luz de la razón tiene de los primeros fundamentos y principios de la virtud y una inclinación a ella que a esta

luz corresponde en nuestra voluntad, como conocer que debes amar a quien te hace bien, que no hagas con otro lo que no quieras que se haga contigo mismo, etc. En la Reina Santísima fue esta virtud natural o sindéresis excellentísima y de, los principios naturales infería con suma y profunda claridad las consecuencias de todo lo bueno, aunque fuese muy remoto, porque discurría con increíble viveza y rectitud. Para estos discursos se valía de la noticia infusa de las criaturas, especialmente de las más nobles y universales, los cielos, sol, luna y estrellas, y disposición de todos los orbes y elementos; y en todo discurría desde el principio al fin, convidando a todas estas criaturas a que alabasen a su Criador y llevasen al hombre tras de sí hasta darle este mismo conocimiento que por ellas podía alcanzar, y no le detuviese hasta llegar al Criador y Autor de todo.

485. Las virtudes infusas se reducen a dos órdenes y clases. En la primera entran solamente las que tienen a Dios por objeto inmediato; por esto se llaman teologales, que son fe, esperanza y caridad. En el segundo orden están todas las otras virtudes que tienen por objeto próximo algún medio o bien honesto que encamina el alma al último fin, que es el mismo Dios; y éstas se llaman virtudes morales, porque pertenecen a las costumbres y, aunque son muchas en número, se reducen a cuatro cabezas, que por esto se llaman cardinales, cuales son prudencia, justicia, fortaleza y templanza. De todas estas virtudes y sus especies hablaré adelante en particular lo que pudiere, para declarar cómo todas y cada una estuvieron en las potencias de la soberana Reina. Ahora sólo advierto generalmente que ninguna le faltó en grado perfectísimo y con ellas tuvo todos los dones del Espíritu Santo y los frutos y bienaventuranzas. Y ningún género de gracia ni beneficio necesario para la perfección hermosísima de su alma y potencias, dejó de infundirle Dios desde el primer instante de su concepción, así en la

voluntad como en el entendimiento, donde tuvo los hábitos y especies de las ciencias. Y para decirlo de una vez, todo lo bueno que pudo darle el Altísimo, como a Madre de su Hijo, siendo ella pura criatura, todo se lo dio en supremo y eminentísimo grado. Y sobre esto crecieron todas sus virtudes: las infusas, porque las aumentaba con sus merecimientos, y las adquiridas, porque las engendró y adquirió con los intensísimos actos que hacía mereciendo.

Doctrina de la Madre de Dios y Virgen Santísima.

486. Hija mía, a todos los mortales sin diferencia comunica el Altísimo la luz de las virtudes naturales; y a los que se disponen con ellas y con sus auxilios, les concede las infusas cuando los justifica; y estos dones distribuye como Autor de naturaleza y gracia más o menos, según su equidad y beneplácito. En el bautismo infunde las virtudes de fe, esperanza y caridad y con ellas infunde otras para que con todas trabaje y obre bien la criatura y no sólo se conserve en los dones recibidos por virtud del sacramento, pero adquiera otros con sus propias obras y merecimientos. Esta fuera la suma dicha y felicidad de los hombres si correspondieran al amor que les muestra su Criador y Reparador, hermoseando sus almas y facilitándoles con los hábitos infusos el ejercicio virtuoso de la voluntad; pero el no corresponder a tan estimable beneficio los hace en extremo infelices, porque en esta deslealtad consiste la primera y mayor victoria del demonio contra ellos.

487. De ti, alma, quiero que te ejercites y trabajes con las virtudes naturales y sobrenaturales, con incesante diligencia para adquirir los hábitos de las otras virtudes, que tú puedes granjear con los actos frecuentados de las que Dios graciosa y liberalmente te ha comunicado; porque los dones infusos, junto con los que granjea y

adquiere el alma, hacen un adorno y un compuesto de admirable hermosura y sumo agrado en los ojos del Altísimo. Y te advierto, carísima, que la mano poderosa de tu Señor ha sido tan larga en estos beneficios para con tu alma, enriqueciéndola de grandes joyas de su gracia, que si fueras desagradecida será tu culpa y tu cargo mayor que con muchas generaciones. Considera y advierte la nobleza de las virtudes, cuánto ilustran y hermosean al alma por sí solas, pues cuando no tuvieran otro fin ni les siguiera otro premio, el poseerlas era grande por su misma excelencia; pero lo que las sube de punto es tener por fin último al mismo Dios, a quien ellas van buscando con la perfección y verdad que en sí contienen; y llegando a tan alto premio como parar en Dios, con esto hacen a la criatura dichosa y bienaventurada.

CAPITULO 6

De la virtud de la fe y su ejercicio que tuvo María Santísima.

488. En breves razones comprendió Santa Isabel, como lo refiere el evangelista San Lucas (Lc., 1,45), la grandeza de la fe de María Santísima, cuando la dijo: *Bienaventurada eres por haber creído; que por esto se cumplirán en ti las palabras y promesas del Señor.* Por la felicidad y bienaventuranza de esta gran Señora y por su inefable dignidad se ha de medir su fe; pues fue tal y tan excelente que por haber creído llegó a la grandeza mayor después, del mismo Dios. Creyó el mayor sacramento de los sacramentos y misterios que en ella se habían de obrar. Y fue tal la prudencia y ciencia divina de María nuestra Señora para dar crédito a esta verdad tan nueva y nunca vista, que trascendió sobre todo el humano y angélico entendimiento y sólo en el Divino se pudo fraguar su fe, como en la oficina del poder inmenso

del Altísimo, donde todas las virtudes de esta Reina se fabricaron con el brazo de Su Alteza. Yo me hallo siempre atajada y torpe para hablar de estas virtudes y mucho más para las anteriores; porque es grande la inteligencia y luz que de ellas se me ha dado, pero muy limitados los términos humanos para declarar los conceptos y actos de fe engendrados en el entendimiento y espíritu de la más fiel de todas las criaturas, o la que fue más que todas juntas; diré lo que pudiere, reconociendo mi incapacidad para lo que pedía mi deseo, y mucho más el argumento.

489. Fue la fe de María Santísima un asombro de toda la naturaleza criada y un patente prodigo del poder Divino; y porque en ella estuvo esta virtud de la fe en el supremo y perfectísimo grado que pudo tener, en gran parte y por algún modo satisfizo a Dios la mengua que en la fe habían de tener los hombres. Dio el Altísimo a los mortales viadores esta excelente virtud, para que sin embarazo de la carne mortal tuviesen noticia de la Divinidad y sus misterios y obras admirables, tan cierta, infalible y segura en la verdad como si le vieran cara a cara, así como le ven los Ángeles bienaventurados. El mismo objeto y la misma verdad que ellos tienen patente con claridad, esa creemos nosotros debajo del velo y obscuridad de la fe.

490. Este grandioso beneficio, mal conocido y peor agradecido de los mortales, bien se deja entender — volviendo los ojos al mundo— cuántas naciones, reinos y provincias le han desmerecido desde el principio del mundo; cuántas le han arrojado de sí infelizmente, habiéndoselo concedido el Señor con liberal misericordia; y cuántos fieles, habiéndolo recibido sin merecerlo, le malogran y le tienen como de burlas, ocioso y sin provecho ni efecto para caminar con él a conseguir el último fin adonde los endereza y guía. Convenía, pues, a la Divina equidad, que esta lamentable pérdida tuviese

alguna recompensa y que tan incomparable beneficio tuviese adecuado y proporcionado retorno, en cuanto fuese posible a las criaturas, y que entre ellas se hallase alguna en quien estuviera la virtud de la fe en grado perfectísimo, como en ejemplar y medida de todos los demás.

491. Todo esto se halló en la gran fe de María Santísima y sólo por ella y para ella, cuando fuera sola esta Señora en el mundo, convenientísimamente hubiera Dios criado y fabricado la virtud excelente de la fe; porque sola María Purísima desempeñó a la Divina Providencia para que, a nuestro modo de entender, no padeciera mengua de parte de los hombres, ni quedara frustrada en la formación de esta virtud y en la corta correspondencia que en ella le habían de mostrar los mortales. Este defecto recompensó la fe de la soberana Reina, y ella copió en sí misma la Divina idea de esta virtud con la suma posible perfección; y todos los demás creyentes se pueden regular y medir por la fe de esta Señora y serán más o menos fieles cuanto más o menos se ajustaren con la perfección de su fe incomparable. Y para esto fue elegida por maestra y ejemplar de todos los creyentes, entrando los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y Mártires y todos cuantos con ellos han creído y creerán los artículos de la fe cristiana hasta el fin del mundo.

492. Alguno podría dificultar cómo se compadecía que la Reina del Cielo ejercitase la fe, supuesto que tuvo muchas veces visión clara de la Divinidad y muchas más la tuvo abstractiva, que también hace evidencia de lo que conoce el entendimiento, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 229 y 237) y adelante repetiré muchas veces (Passim). Y la duda nacerá de que la fe es *la sustancia de las cosas que esperamos y argumento de las que no vemos*, como lo dice el Apóstol (Heb. 11, 1), que es decirnos cómo de las cosas que ahora esperamos del

último fin de la bienaventuranza no tenemos otra presencia, ni sustancia o esencia, mientras somos viadores, más de la que contiene la fe en su objeto creído oscuramente y por espejo; si bien, la fuerza de este hábito infuso con que inclina a creer lo que no vemos y la certeza infalible de lo creído hacen un argumento infalible y eficaz para el entendimiento y para que la voluntad segura y sin temor crea lo que desea y espera. Y conforme a esta doctrina, si la Virgen Santísima en esta vida llegó a ver y tener a Dios —que todo es uno— sin el velo de la fe oscura, no parece que le quedaría oscuridad para creer por fe lo que había visto con claridad cara a cara, y más si en su entendimiento permanecían las especies adquiridas en la visión clara o en la evidente de la Divinidad.

493. Esta duda no sólo no impide la fe de María Santísima, pero antes la engrandece y levanta de punto, pues quiso el Señor que su Madre fuese tan admirable en el privilegio de esta virtud de la fe —y lo mismo es de la esperanza— que trascendiese a todo el orden común de los otros viadores y que su excelente entendimiento, para ser maestra y artífice de estas grandes virtudes, fuese ilustrado unas veces por los actos perfectísimos de la fe y esperanza, otras con la visión y posesión, aunque de paso, del fin y objeto que creía y esperaba, para que en su original conociese y gustase las verdades que como maestra de los creyentes había de enseñar a creer por virtud de la fe; y juntar estas dos cosas en el alma santísima de María era fácil al poder de Dios; y siéndolo era como debido a su Madre Purísima, a quien ningún privilegio por grande desdecía, ni le debía faltar.

494. Verdad es que con la claridad del objeto que conocemos no se compadece la oscuridad de la fe con que creemos lo que no vemos, ni con la posesión la esperanza, ni María Santísima, cuando gozaba de estas

visiones evidentes, ni cuando usaba de las especies que con evidencia, aunque abstractiva, le manifestaban los objetos, ejercitaba los actos oscuros de la fe, ni usaba de su hábito, sino de solo el de la ciencia infusa. Mas no por esto quedaban ociosos los hábitos de las dos virtudes teologales, fe y esperanza; porque el Señor, para que María Purísima usase de ellos, suspendía el concurso o detenía el uso de las especies claras y evidentes, con que cesaba la ciencia actual y obraba la fe oscura, en cuyo perfectísimo estado quedaba a tiempos la soberana Reina, ocultándose el Señor para todas las noticias claras; como sucedió en el misterio altísimo de la encarnación del Verbo, de que diré en su lugar (Cf. infra p. II n. 119, 133).

495. No convenía que la Madre de Dios careciera del premio de estas virtudes infusas de la fe y esperanza; y para alcanzarle había de merecerle y para merecerle había de ejercitar sus operaciones proporcionadas al premio; y como éste fue incomparable, así lo fueron los actos de fe que obró esta gran Señora en todas y en cada una de las verdades católicas; porque todas las conoció y creyó explícitamente con altísima y perfectísima creencia como viadora. Y claro está que cuando el entendimiento tiene evidencia de lo que conoce no aguarda para creer al consentimiento de la voluntad, porque antes que ella se lo mande es compelido de la misma claridad a dar asenso firme; y por eso aquel acto de creer lo que no puede negar no es meritorio. Y cuando María Santísima asintió a la embajada del Arcángel, fue digna de incomparable premio, porque en el asenso de tal misterio mereció; y lo mismo sucedió en los otros que creyó, cuando el Altísimo disponía que usase de la fe infusa y no de la ciencia, aunque también con ésta tenía su mérito, por el amor que con ella ejercitaba, como en diferentes lugares he dicho (Cf. supra n. 231, 380, 383).

496. Tampoco le dieron el uso de la ciencia infusa cuando perdió al Niño, a lo menos para conocer aquel objeto dónde estaba, como con aquella luz conocía otros muchos; ni tampoco usaba entonces de las especies claras de la Divinidad; y lo mismo fue al pie de la cruz, que suspendía el Señor la vista y operaciones que en el alma santísima de su Madre habían de impedir el dolor; porque entonces convenía que le tuviese y obrase la fe sola y la esperanza. Y el gozo que tuviera con cualquiera vista o noticia, aunque fuera abstractiva, de la Divinidad, naturalmente impidiera al dolor, si no hacía Dios nuevo milagro para que estuviesen juntos pena y gozo. Y no convenía que Su Majestad hiciera este milagro, pues con el padecer se compadecían en la Reina del Cielo el mérito e imitación de su Hijo Santísimo con las gracias y excelencia de Madre. Por esto buscó al Niño con dolor (Lc. 2, 48), como ella lo dijo, y con fe viva y esperanza; y también las tuvo en la pasión y resurrección de su único y amado Hijo, que creía y esperaba; permaneciendo en ella sola esta fe de la Iglesia, como reducida entonces esta virtud a su Maestra y Fundadora.

497. Tres condiciones o excelencias particulares se pueden considerar en la fe de María Santísima: la continuación, la intensión y la inteligencia con que creía. La continuación sólo se interrumpía cuando con claridad intuitiva o evidencia abstractiva miraba a la divinidad, como ya he dicho; pero distribuyendo los actos interiores del conocimiento de Dios que tenía la Reina del Cielo — aunque sólo el mismo Señor que los dispensaba puede saber cuándo y en qué tiempos — ejercitaba su Madre Santísima los unos actos o los otros; pero jamás estuvo ocioso su entendimiento, sin cesar solo un instante de toda su vida, desde el primero de su concepción, en que perdiése a Dios de vista; porque si suspendía la fe, era porque gozaba de la vista de la Divinidad clara o evidente por ciencia altísima infusa, y si el Señor le

ocultaba este conocimiento, entraba obrando la fe; y en la sucesión y vicisitud de estos actos había una concertadísima armonía en la mente de María Santísima, a cuya atención convidaba el Altísimo a los espíritus angélicos, según aquello que dijo en los Cantares, cap. 8 (Cant., 8, 13): *La que habitas en los huertos, los amigos te escuchan, hazme oír tu voz.*

498. En la eficacia o intensión que tenía la fe de esta soberana Princesa excedió a todos los Apóstoles, Profetas y Santos juntos y llegó a lo supremo que pudo caber en pura criatura. Y no sólo excedió a todos los creyentes, pero tuvo la fe que faltó a todos los infieles que no han creído y con la fe de María Santísima pudieron todos ser ilustrados. Por lo cual de tal suerte estuvo en ella firme, inmóvil y constante, cuando los Apóstoles en el tiempo de la pasión desfallecieron, que si todas las tentaciones, engaños, errores y falsedades del mundo se juntaran, no pudieran contrarrestar ni turbar la invencible fe de la Reina de los fieles; y su Fundadora y Maestra a todos venciera y contra todos saliera victoriosa y triunfante.

499. La claridad o inteligencia con que creía explícitamente todas las verdades Divinas no se puede reducir a palabras sin oscurecerla con ellas. Sabía María purísima todo lo que creía y creía todo lo que sabía; porque la ciencia infusa teológica de la credibilidad de los misterios de la fe y su inteligencia estuvo en esta sapientísima Virgen y Madre con el grado más alto que a pura criatura fue posible. Tenía en acto esta ciencia y memoria de ángel sin olvidar lo que una vez aprendía; y siempre usaba de esta potencia y dones para creer profundamente, salvo cuando por divina disposición ordenaba Dios que por otros actos se suspendiese en la fe, como arriba dije (Cf. supra n. 494, 467). Y fuera de no ser comprensora, tenía en el estado de viadora, para creer y

conocer a Dios, la inteligencia más alta y más inmediata en la esfera de la fe con la noticia clara de la Divinidad, con que transcendía el estado de todos los viadores, siendo ella sola en otra clase y estado de viadora a que ninguno otro pudo llegar.

500. Y si María Santísima, cuando ejercitaba los hábitos de fe y esperanza, tenía el estado más ordinario para ella, y por eso era el más inferior, y en él excedía a todos los Santos y Ángeles y en los merecimientos se les adelantó amando más que ellos ¿qué sería lo que obraba, merecía y amaba, cuando era levantada por el poder Divino a otros beneficios y estado más alto de la visión beatífica o conocimiento claro de la divinidad? Si al entendimiento angélico le faltaría fuerzas para entenderlo y penetrarlo ¿cómo tendrá palabras para explicarlo una criatura terrena? Yo quisiera a lo menos que todos los mortales conocieran el valor y precio de esta virtud de la fe, considerándola en este divino ejemplar donde llegó a los últimos términos de su perfección y adecuadamente tocó el fin para que fue fabricada. Lleguen los infieles, herejes, paganos, idólatras a la maestra de la fe, María Santísima, para que sean iluminados en sus engaños y tenebrosos errores y hallarán el camino seguro para atinar con el último fin para que fueron criados. Lleguen también los católicos y conozcan el copioso premio de esta excelente virtud y pidan con los Apóstoles al Señor que les aumente la fe (Lc., 17, 5), no para llegar a la de María Santísima, mas para imitarla y seguirla, pues con su fe nos enseña y nos da esperanza de alcanzarla nosotros por sus merecimientos altísimos.

501. Al patriarca Abrahán llamó San Pablo (Rom., 4, 11) padre de todos los creyentes, porque fue quien primero recibió las promesas del Mesías y creyó todo lo que Dios le prometió, creyendo en esperanza contra

esperanza (Rom., 4, 18), que es decir cuán excelente fue la fe del Patriarca, pues el primero creyó las promesas del Señor, cuando no podía tener esperanza humana en la virtud de las causas naturales, así para que su mujer Sara le pariese un hijo ya estéril, como para que ofreciéndosele después a Dios en sacrificio como se lo mandaba, le quedase de él la sucesión innumerables (Gén., 15, 5) que el mismo Señor le había prometido. Todo esto que naturalmente era imposible y otras palabras y promesas creyó Abrahán que haría el poder divino sobrenaturalmente, y por esta fe mereció ser llamado padre de todos los creyentes y recibir la señal de la fe en que se había justificado, que fue la circuncisión.

502. Pero nuestra preexcelsa señora María tiene mayores títulos y prerrogativas que Abrahán para ser llamada Madre de la fe y de todos los creyentes y en su mano está enarbolado el estandarte y vexilo de la fe para todos los creyentes de la ley de gracia. Primero fue el Patriarca en el orden del tiempo, y de primer intento fue dado por padre y cabeza del pueblo hebreo; grande y excelente fue su fe en las promesas de Cristo nuestro Señor y en las palabras del Altísimo; pero en todas estas obras fue la fe de María Purísima más admirable sin comparación, y así es la primera en la dignidad. Mayor dificultad o imposibilidad era parir y concebir una virgen que una vieja estéril; y no estaba el patriarca Abrahán tan cierto de que se ejecutara el sacrificio de Isaac, como lo estaba María Santísima de que sería con efecto sacrificado su Hijo Santísimo. Y ella fue la que en todos los misterios creyó, esperó y enseñó a toda la Iglesia cómo debía creer en el Altísimo y las obras de la Redención. Y conocida la fe de María nuestra Reina, ella es la madre de los creyentes y el ejemplar de la fe católica y de la santa esperanza. Y para concluir este capítulo, digo que Cristo, nuestro Redentor y Maestro, como era comprensor y su alma santísima gozaba la

suma gloria y visión beatífica, no tenía fe ni podría usar de ella, ni con sus actos pudo ser maestro de esta virtud. Pero lo que no pudo hacer el Señor por sí mismo hizo por su Madre Santísima, constituyéndola fundadora, madre y ejemplar de la fe de su Iglesia Evangélica, y para que el día del juicio universal sea esta soberana Señora y Reina juez que singularmente asista con su Hijo Santísimo a juzgar los que después no han creído, habiéndoles dado este ejemplo en el mundo.

Doctrina de la Madre de Dios y Señora nuestra.

503. Hija mía, el tesoro inestimable de la virtud de la fe divina está oculto a los mortales que sólo tienen ojos carnales y terrenos; porque no le saben dar el aprecio y estimación que piden este don y beneficio de tan incomparable valor. Advierte, carísima, y considera cuál estuvo el mundo sin fe y cuál estaría hoy si mi Hijo y Señor no la conservase. **iCuántos hombres que el mundo ha celebrado por grandes, poderosos y sabios, por faltarles la luz de la fe se despeñaron desde las tinieblas de su infidelidad en abominables pecados y de allí a las tinieblas eternas del infierno! iCuántos reinos y provincias llevaron ciegas y llevan hoy tras de sí estos más ciegos, hasta caer todos en la fóvea de las penas eternas! A estos siguen los malos fieles y creyentes que, habiendo recibido esta gracia y beneficio de la fe, viven con él como si no le tuvieran en sus almas.**

504. No te olvides, amiga mía, de agradecer esta preciosa margarita que te ha dado el Señor, como arras y vínculo del desposorio que contigo ha celebrado para traerte al tálamo de su Santa Iglesia y después al de su eterna visión beatífica. Ejercita siempre esta virtud de la fe, pues ella te pone cerca del último fin adonde caminas y del objeto que deseas y amas. Ella es la que enseña el camino cierto de la eterna felicidad, ella es la que luce

en las tinieblas de la vida mortal de los viadores y los lleva seguros a la posesión de su patria, adonde debían caminar si no estuvieran muertos con la infidelidad y pecados. Ella es la que despierta las demás virtudes, la que sirve de alimento al justo y le entretiene en sus trabajos. Ella es la que confunde y atemoriza a los infieles y a los tibios fieles, negligentes en el obrar; porque les manifiesta en esta vida sus pecados y en la otra el castigo que les aguarda. Es la fe poderosa para todo, pues al creyente nada le es imposible (Mc., 9, 22), antes lo puede y lo alcanza todo; es la que ilustra y ennoblecen al entendimiento humano, pues le adiestra para que no yerre en las tinieblas de su natural ignorancia y le levanta sobre sí mismo para que vea y entienda con infalible certeza lo que no alcanzara por sus fuerzas y lo crea tan seguro como si lo viera con evidencia; y le desnuda de la grosería y villanía, cual es no creer el hombre más de aquello que él mismo con su cortedad alcanza, siendo tan poco y limitado mientras vive el alma en la cárcel del cuerpo corruptible, sujeta en el entender al uso grosero de los sentidos. Estima, pues, hija mía, esta preciosa margarita de la fe católica que Dios te ha dado y guárdala y ejercítala con aprecio y reverencia.

CAPITULO 7

De la virtud de la esperanza y ejercicio de ella que tuvo la Virgen Señora nuestra.

505. A la virtud de la fe sigue la esperanza, a quien ella se ordena; porque si el Altísimo Dios nos infunde la luz de la fe Divina, con que todos sin diferencia y sin aguardar tiempo vengamos en el conocimiento infalible de la Divinidad y de sus misterios y promesas, es para que conociéndole por nuestro último fin y felicidad, y también los medios para llegar a él, nos levantemos en un

vehemente deseo de conseguirle cada uno para sí mismo. Este deseo, a quien se sigue como efecto el conato de alcanzar el sumo bien, se llama esperanza, cuyo hábito se nos infunde en el bautismo en nuestra voluntad, que se llama apetito racional; porque a ella le toca apetecer la eterna felicidad como su mayor bien e interés y también el esforzarse con la Divina gracia para alcanzarle y vencer las dificultades que en esta contienda se ofrecieren.

506. Cuán excelente virtud es la esperanza, se conoce de que tiene por objeto a Dios como último y sumo bien nuestro, aunque le mira y le busca como ausente, pero como posible o adquirible por medio de los merecimientos de Cristo y de las obras que hace quien espera. Regúlanse los actos y operaciones de esta virtud por la lumbre de la fe Divina y de la prudencia particular con que aplicamos a nosotros mismos las promesas infalibles del Señor; y con esta regla obra la esperanza infusa tocando el medio de la razón, entre los vicios contrarios de la desesperación y presunción, para que ni vanamente presuma el hombre alcanzar la gloria eterna con sus fuerzas o sin hacer obras para merecerla, ni tampoco si quiere hacerlas tema ni desconfíe que la alcanzará, como el Señor se lo promete y asegura. Y esta seguridad común y general a todos, enseñada por la Fe Divina, se aplica el hombre que espera por medio de la prudencia y sano juicio que hace de sí mismo para no desfallecer ni desesperar.

507. Y de aquí se conoce que la desesperación puede venir de no creer lo que la fe nos promete o, en caso que se crea, de no aplicarse a sí mismo la seguridad de las promesas Divinas, juzgando con error que él no puede conseguirlas. Entre estos dos peligros procede segura la esperanza, suponiendo y creyendo que no me negará Dios a mí lo que prometió a todos y que la promesa no

fue absoluta sino debajo de condición, que yo de mi parte trabajase y procurase merecerla en cuanto me fuese posible con el favor de su divina gracia; porque si Dios hizo al hombre capaz de su vista y eterna gloria, no era conveniente que llegase a tanta felicidad por medio del mal uso de las mismas potencias con que le había de gozar, que son los pecados, sino usando de ellas con proporción al fin adonde con ellas camina, Y esta proporción consiste en el buen uso de las virtudes, con las cuales se dispone el hombre para llegar a gozar del sumo bien, buscándole desde luego en esta vida con el conocimiento y amor Divino.

508. *Tuvo, pues, esta virtud de la esperanza en María Santísima el sumo grado de perfección posible en sí y con todos sus efectos y circunstancias o condiciones; porque el deseo y conato de conseguir el último fin de la vista y fruición Divina tuvo en ella mayores causas que en todas las criaturas; y esta fidelísima y prudentísima Señora no impedía sus efectos, antes los ejecutaba con suma perfección posible a pura criatura. No sólo tuvo Su Alteza fe infusa de las promesas del Señor, a la cual, siendo como fue la mayor, correspondía también proporcionadamente la mayor esperanza; pero tuvo sobre la fe la visión beatífica, en que por experiencia conoció la infinita verdad y fidelidad del Altísimo. Y si bien no usaba de la esperanza cuando gozaba de la vista y posesión de la Divinidad, pero después que se reducía al estado ordinario le ayudaba la memoria del sumo bien que había gozado para esperarle y apetecerle ausente con mayor fuerza y conato; y este deseo era un género de nueva y singular esperanza en la Reina de las Virtudes.*

509. *Otra causa tuvo también la esperanza de María Santísima para ser mayor y sobre la esperanza de todos los fieles juntos; porque el premio y gloria de esta soberana Reina, que es el principal objeto de la*

esperanza, fue sobre toda la gloria de los Ángeles y Santos; y conforme al conocimiento de tanta gloria que el Altísimo le dio, tuvo la suma esperanza y afectó para conseguirla. Y para que llegase a lo supremo de esta virtud, esperando dignamente todo lo que el brazo poderoso de Dios quería obrar en ella, fue prevenida con la luz de la fe suprema, con los hábitos y auxilios y dones proporcionados y con especial movimiento del Espíritu Santo. Y lo mismo que decimos de la suma esperanza que tuvo del objeto principal de esta virtud, se ha de entender de los otros objetos que llaman secundarios, porque los beneficios, dones y misterios que se obraron en la Reina del cielo fueron tan grandes, que no pudo extenderse a más el brazo del omnipotente Dios. Y como esta gran Señora los había de recibir mediante la fe y esperanza de las promesas Divinas, proporcionándose con estas virtudes para recibirlas, por eso era necesario que su fe y esperanza fuesen las mayores que en pura criatura eran posibles.

510. *Y si, como queda dicho (Mc., 9, 22) de la virtud de la fe, tuvo la Reina del cielo conocimiento y fe explícita de todas las verdades reveladas y de todos los misterios y obras del Altísimo, y a los actos de fe correspondían los de la esperanza, ¿quién podrá entender, fuera del mismo Señor, cuántos y cuáles serían los actos de esperanza que tuvo esta Señora de las virtudes, pues conoció todos los misterios de su propia gloria y felicidad eterna y los que en ella y en el resto de la Iglesia Evangélica se habían de obrar por los méritos de su Hijo Santísimo? Por sola María, su Madre, formara Dios esta virtud y la diera como la dio a todo el linaje humano, como antes dijimos de la virtud de la fe (Cf. supra 499).*

511. *Por esta razón la llamó el Espíritu Santo Madre del amor hermoso y de la santa esperanza (Eclo., 24, 24); y así como el darle carne al Verbo Divino la hizo Madre de*

Cristo, así el Espíritu Santo la hizo Madre de la esperanza; porque con su especial concurso y operación concibió y parió esta virtud para los fieles de la Iglesia. Y el ser Madre de la santa esperanza fue como consiguiente y anejo a ser Madre de Jesucristo nuestro Señor, pues conoció que en su Hijo nos daba toda nuestra segura esperanza. Y por estos concebimientos y partos adquirió la Reina Santísima cierto género de dominio y autoridad sobre la gracia y promesas del Altísimo que con la muerte de Cristo nuestro Redentor, hijo de María, se habían de cumplir; porque todo nos lo dio esta Señora, cuando mediante su voluntad libre concibió y parió al Verbo Humanado y en él todas nuestras esperanzas. Donde se cumplió legítimamente aquello que la dijo el Esposo: *Tus emisiones fueron paraíso* (Cant., 4, 13); porque todo cuanto salió de esta Madre de la Gracia fue para nosotros felicidad, paraíso y esperanza cierta de conseguirle.

512. Padre Celestial y verdadero tenía la Iglesia en Jesucristo, que la engendró, fundó y con sus merecimientos y trabajos la enriqueció de gracias, ejemplos y doctrinas, como era consiguiente a ser tal Padre y Autor de esta admirable obra; parece que a su perfección convenía que juntamente tuviese Madre amorosa y blanda, que con regalo y caricia suave y con maternal afecto e intercesiones criase a sus pechos los hijos párculos (1 Cor., 3,1), y con tierno y dulce mantenimiento los alimentase, cuando por su pequeñez no pueden sufrir el pan de los robustos y fuertes. Esta dulce madre fue María Santísima, que desde la primitiva Iglesia, cuando nacía en los tiernos hijos de la ley de gracia, les comenzó a dar dulce leche de luz y doctrina como piadosa madre; y hasta el fin del mundo continuará este oficio con sus ruegos en los nuevos hijos que cada día engendra Cristo nuestro Señor con los méritos de su sangre y por los ruegos de la Madre de Misericordia. Por

ella nacen, ella los cría y alimenta y ella es dulce Madre, vida y esperanza nuestra, el original de la que nosotros tenemos, el ejemplar a quien imitamos, esperando por su intercesión conseguir la eterna felicidad que su Hijo Santísimo nos mereció y los auxilios que por ella nos comunica, para que así la alcancemos.

Doctrina de la Santísima Virgen.

513. *Hija mía, con las dos virtudes fe y esperanza, como con dos alas de infatigable vuelo, se levantaba mi espíritu buscando al interminable y sumo bien, hasta descansar en la unión de su íntimo y perfecto amor. Muchas veces gozaba y gustaba de su vista clara y fruición, pero como este beneficio no era continuo por el estado de pura viadora, éralo el ejercicio de la fe y esperanza; que como quedaban fuera de la visión y posesión, luego las hallaba en mi mente y no hacía otro intervalo en sus operaciones. Y los efectos que en mí hacían, el afecto, conato y anhelo que causaban en mi espíritu para llegar a la eterna posesión de la fruición divina, no puede entenderlo con su cortedad el entendimiento criado adecuadamente, pero conocerálo en Dios con alabanza eterna el que mereciere gozar de su vista en el cielo.*

514. *Y tú, carísima, pues tanta luz has recibido de la excelencia de esta virtud y de las obras que yo ejercitaba con ella, trabaja por imitarme sin cesar según las fuerzas de la Divina gracia. Renueva siempre y confiere en tu memoria las promesas del Altísimo y con la certeza de la fe que tienes de su verdad levanta el corazón con ardiente deseo, anhelando a conseguirlas; y con esta firme esperanza te puedes prometer por los méritos de mi Hijo Santísimo que llegarás a ser moradora de la celestial patria y compañera de todos los que en ella con inmortal gloria miran la cara del Altísimo. Y si con esta*

ayuda que tienes levantas tu corazón de lo terreno y pones toda tu mente fija en el bien incommutable por quien suspiras, todo lo visible te será pesado y molesto y lo juzgarás por vil y contemptible y nada podrás apetecer fuera de aquel amabilísimo y deleitable objeto de tus deseos. En mi alma fue este ardor de la esperanza como de quien con la fe le había creído y con experiencia le había gustado, lo cual ninguna lengua ni palabras pueden explicar ni decir.

515. *Fuera de esto, para que más te muevas, considera y llora con íntimo dolor la infelicidad de tantas almas, que son imagen de Dios y capaces de su gloria y por sus culpas están privadas de la esperanza verdadera de gozarle. Si los hijos de la Santa Iglesia hicieran pausa en sus vanos pensamientos y se detuvieran a pensar y pesar el beneficio de haberles dado fe y esperanza infalible, separándolos de las tinieblas y señalándolos sin merecerlo ellos con esta divisa, dejando perdida la ciega infidelidad, sin duda se avergonzarían de su torpísimo olvido y reprendieran su fea ingratitud. Pero desengáñense, que les aguardan más formidables tormentos, y que a Dios y a los Santos son más aborrecibles por el desprecio que hacen de la Sangre derramada de Cristo, en cuya virtud se les han hecho estos beneficios; y como si fueran fábulas desprecian el fruto de la verdad, corriendo todo el término de la vida sin detenerse sólo un día, y muchos ni una hora, en la consideración de sus obligaciones y de su peligro. Llora, alma, este lamentable daño y según tus fuerzas trabaja y pide el remedio a mi Hijo Santísimo y cree que cualquier desvelo y conato que en esto pongas te será premiado de Su Majestad.*

CAPITULO 8

De la virtud de la caridad de María Santísima

Señora nuestra.

516. La virtud sobreexcelentísima de la Caridad es la señora, la Reina, la Madre, alma, vida y hermosura de todas las otras virtudes; la caridad es quien las gobierna todas, las mueve y encamina a su verdadero y último fin; ella las engendra en su ser perfecto, las aumenta y conserva, las ilustra y adorna y les da vida y eficacia. Y si todas las demás causan en la criatura alguna perfección y ornato, la caridad se la da y las perfecciona; porque sin caridad todas son feas, oscuras, lánguidas, muertas y sin provecho; porque no tienen perfecto movimiento de vida ni sentido. La caridad es la benigna (1 Cor., 13, 4), paciente, mansísima, sin emulación, sin envidia, sin ofensa, la que nada se apropiá, que todo lo distribuye, causa todos los bienes y no consiente alguno de los males cuanto es de su parte; porque es la mayor participación del verdadero y sumo bien. ¡Oh virtud de las virtudes y suma de los tesoros del Cielo! Tú sola tienes la llave del paraíso; tú eres la aurora de la eterna luz, sol del día de la eternidad, fuego que purificas, vino que embriagas dando nuevo sentido, néctar que letificas, dulzura que sacias sin hastío, tálamo en que descansa el alma y vínculo tan estrecho que con el mismo Dios nos haces uno (Jn., 17, 21), al modo que lo son el Eterno Padre con el Hijo y entrambos con el Espíritu Santo.

517. Por la incomparable nobleza de esta señora de las virtudes el mismo Dios y Señor, a nuestro entender, quiso honrarse con su nombre, o quiso honrarla a ella, llamándose caridad, como lo dijo san Juan (1 Jn., 4, 16). Muchas razones tiene la Iglesia Católica para que de las perfecciones Divinas se le atribuya al Padre la omnipotencia, al Hijo la sabiduría y al Espíritu Santo el amor; porque el Padre es principio sin principio, el Hijo nace del Padre por el entendimiento y el Espíritu Santo

de los dos procede por la voluntad; pero el nombre de caridad y esta perfección se la aplica el Señor a sí mismo sin diferencia de personas, cuando de todas dijo el evangelista sin distinción: *Dios es caridad/ Ib.*). Tiene esta virtud en el Señor ser término y como fin de todas las operaciones *ad intra* y *ad extra*, porque todas las divinas procesiones, que son las operaciones de Dios dentro de sí mismo, se terminan en la unión del amor y caridad recíproca de las Tres Divinas Personas, con que tienen entre sí otro vínculo indisoluble después de la unidad de la naturaleza indivisa, en que son un mismo Dios. Todas las obras *ad extra*, que son las criaturas, nacieron de la Caridad Divina y se ordenan a ella, para que saliendo del mar inmenso de aquella bondad infinita se vuelvan por la caridad y amor a su origen de donde manaron. Y esto es singular en la Virtud de la Caridad entre todas las otras virtudes y dones, que es una perfecta participación de la Caridad Divina; nace del mismo principio y mira al mismo fin y se proporciona también con ella más que las otras virtudes. Y si llamamos a Dios nuestra esperanza, nuestra paciencia y nuestra sabiduría, es porque la recibimos de su mano y no porque estén en Dios estas virtudes como en nosotros. Pero la caridad no sólo la recibimos del Señor, ni él se llama caridad sólo porque nos la comunica, sino porque en sí mismo la tiene esencialmente; y de aquella Divina perfección que imaginamos como forma y atributo de su naturaleza Divina redunda nuestra caridad con más perfección y proporción que otra alguna virtud.

518. Otras condiciones admirables tiene la caridad de parte de Dios para nosotros; porque siendo ella el principio que nos comunicó todo el bien de nuestro ser, y después el sumo bien que es el mismo Dios, viene a ser el estímulo y ejemplar de nuestra caridad y amor con el mismo Señor; porque si para amarle no nos despierta y mueve el saber que en sí mismo es infinito y sumo bien, a

lo menos nos obligue y atraiga el saber que es sumo bien nuestro. Y si no podíamos ni sabíamos amarle primero (1 Jn., 4, 10) que nos diera a su Hijo Unigénito, no tengamos excusa ni atrevimiento para dejarle de amar después de habérnosle dado; pues si tenemos disculpa para no saber granjear el beneficio, ninguna hallaremos para no agradecerle con amor después de haberle recibido sin merecerle.

519. El ejemplar que en la Divina Caridad tiene la nuestra, declara mucho más la excelencia de esta virtud, aunque yo con dificultad puedo declarar en esto mi concepto. Cuando fundaba Cristo Señor nuestro su perfectísima ley de amor y de gracia, nos enseñó a ser perfectos a imitación de nuestro Padre Celestial, que hace nacer el sol, que es suyo, sobre los justos e injustos (Mt., 5, 45) sin diferencia. Tal doctrina y tal ejemplo, sólo el mismo Hijo del eterno Padre le podía dar a los hombres. Entre todas las criaturas visibles ninguna como el sol nos manifiesta la Caridad Divina y nos la propone para imitarla; porque este nobilísimo planeta por su misma naturaleza, sin otra deliberación más que su inclinación innata, comunica su luz a todas partes y a todos aquellos que son capaces de recibirla sin diferencia, y cuanto es de su parte nunca la niega ni suspende (Dionisio, *De Divinis Nominibus*, c. IV); y esto lo hace sin obligarse a nadie, sin recibir beneficio ni retorno de que tenga necesidad y sin hallar en las cosas que ilumina y fomenta alguna bondad antecedente que le mueva y le atraiga, ni esperar otro interés más que derramar la misma virtud que en sí contiene, para que todos la participen y comuniquen.

520. Considerando, pues, las condiciones de tan generosa criatura ¿quién hay que no vea en ellas una estampa de la caridad increada a quien imitar? Y ¿quién hay que no se confunda de no imitarla? Y ¿quién

imaginará de sí mismo que tiene caridad verdadera si no la imita? No puede nuestra caridad y amor causar alguna bondad en el objeto que ama, como lo hace la caridad increada del Señor; pero a lo menos, si no podemos mejorar lo que amamos, bien podemos amar a todos sin intereses de mejorarnos y sin andar deliberando y escogiendo a quién amar y hacer bien con esperanza del retorno. No digo que la caridad no es libre, ni que hizo Dios alguna obra fuera de sí por natural necesidad, ni corre en esto el ejemplo; porque todas las obras *ad extra*, que son las de la creación, son libres en Dios. Pero la voluntad libre no ha de torcer ni violentar la inclinación e impulso de la caridad; antes debe seguirla a imitación del sumo bien que, pidiendo su naturaleza comunicarse, no le impidió la Divina voluntad, antes se dejó llevar y mover de su misma inclinación para comunicar los rayos de su luz inaccesible a todas las criaturas según la capacidad de cada una para recibirla, sin haber precedido de nuestra parte bondad alguna, servicio o beneficio y sin esperarle después, porque de nadie tiene necesidad.

521. Habiendo ya conocido en parte la condición de la caridad en su principio, que es Dios, donde, fuera del mismo Señor, la hallaremos en toda su perfección posible a pura criatura es María Santísima, de quien más inmediatamente podemos copiar la nuestra. Claro está que saliendo los rayos de esta luz y Caridad del Sol Increado, donde está sin término ni fin, se va comunicando a todas las criaturas hasta la más remota con orden, con medida y tasa, según el grado que tiene cada una por estar más cerca o más distante de su principio. Y este orden dice el lleno y perfección de la Divina Providencia; pues sin él estuviera como defectuosa, confusa y manca la armonía de las criaturas que había criado para la participación de su bondad y amor. El primer lugar en este orden había de tener después del mismo Dios

aquella alma y aquella persona que juntamente fuese Dios Increado y hombre criado; porque a la suma y suprema unión de naturaleza siguiese la suma gracia y participación de amor, como estuvo y está en Cristo Señor nuestro.

522. El segundo lugar toca a su Madre Santísima María, en quien con singular modo descansó la caridad y amor Divino; porque, a nuestro modo de entender, no se negaba harto la Caridad Increada sin comunicarse a una pura criatura con tanta plenitud, que en ella estuviese recopilado el amor y caridad de toda su generación humana y que sola ella pudiese suplir por lo restante de su naturaleza pura y dar el retorno posible y participar la Caridad Increada sin las menguas y defectos que le mezclan todos los demás mortales infec-
tos, del pecado. Sola María entre todas las criaturas fue electa como el Sol de justicia (Cant., 6, 9), para que le imitase en la caridad y copiase de él esta virtud ajustadamente con su original. Y sola ella supo amar más y mejor que todas juntas, amando a Dios pura, perfecta, íntima y sumamente por Dios y a las criaturas por el mismo Dios y como Él las ama. Sola ella adecuadamente siguió el impulso de la Caridad y su inclinación generosa amando al sumo bien por sumo bien, sin otra atención; amando a las criaturas por la participación que tienen de Dios, no por el retorno y retribución. Y para imitar en todo a la Caridad Increada, sola María Santísima pudo y supo amar para mejorar a quien es amado; pues con su amor obró de suerte, que mejoró el cielo y la tierra en todo lo que tiene ser, fuera del mismo Dios.

523. Y si la caridad de esta gran Señora se pusiera en una balanza y la de todos los hombres y ángeles en otra, pesara más la de María Purísima que la de todo el resto de las criaturas, pues todas ellas no alcanzaron a saber tanto como ella sola de la naturaleza y condición de la

Caridad de Dios; y consiguientemente sola María supo imitarla con adecuada perfección sobre toda la naturaleza de puras criaturas intelectuales. Y en este exceso de amor y caridad, satisfizo y correspondió a la deuda del amor infinito del Señor con las criaturas todo cuanto a ellas se les podía pedir, no habiendo de ser de equivalencia infinita, porque esto no era posible. Y como el amor y caridad del alma santísima de Jesucristo tuvo alguna proporción con la unión hipostática en el grado posible, así la caridad de María tuvo otra proporción con el beneficio de darle el Eterno Padre a su Hijo Santísimo, para que ella fuese juntamente Madre suya y le concibiese y pariese para remedio del Mundo.

524. De donde entenderemos que todo el bien y felicidad de las criaturas se viene a resolver por algún modo en la caridad y amor que María Santísima tuvo a Dios. Ella hizo que esta virtud y participación del amor Divino estuviese entre las criaturas en su última y suma perfección. Ella pagó esta deuda por todos enteramente cuando todos no atinaban a hacer la debida recompensa ni la alcanzaban a conocer. Ella con esta perfectísima Caridad obligó en la forma posible al Eterno Padre para que le diese su Hijo Santísimo para sí y para todo el linaje humano; porque si María Purísima hubiera amado menos y su caridad tuviera alguna mengua, no hubiera disposición en la naturaleza para que el Verbo se humanara; pero hallándose entre las criaturas alguna que hubiese llegado a imitar la caridad Divina en grado tan supremo, ya era como consiguiente que descendiese a ella el mismo Dios, como lo hizo.

525. Todo esto se encerró en llamarla el Espíritu Santo *Madre de la hermosa dilección o amor* (*Eclo.*, 24, 24), atribuyéndole a ella misma estas palabras —como en su modo queda dicho de la santa esperanza (Cf. supra n. 511)—; Madre es María del que es nuestro dulcísimo

amor, Jesús, Señor y Redentor nuestro, hermosísimo sobre los hijos de los hombres por la divinidad de infinita e increada hermosura y por la humanidad que ni tuvo culpa, ni dolo (1 Pe., 2, 22), ni le faltó gracia de las que pudo comunicarle la Divinidad. Madre también es del amor hermoso; porque sola ella engendró en su mente el amor y caridad perfecta y hermosísima dilección, que todas las demás criaturas no supieron engendrar con toda su hermosura y sin alguna falta, para que no se llamase absolutamente hermoso. Madre es de nuestro amor; porque ella nos le trajo al mundo, ella nos le granjeó y ella nos le enseñó a conocer y obrar; que sin María Santísima no quedaba otra pura criatura en el Cielo ni en la tierra de quien pudieran los hombres y los Ángeles ser discípulos del amor hermoso. Y así es que todos los Santos son como unos rayos de este sol y como unos arroyuelos que salen de este mar; y tanto más saben amar, cuanto más participan del amor y caridad de María Santísima y la imitan y copian ajustándose con ella.

526. Las causas que tuvo esta caridad y amor de nuestra princesa María fueron la profundidad de su altísimo conocimiento y sabiduría, así por la fe infusa y esperanza como por los dones del Espíritu Santo, de ciencia, entendimiento y sabiduría; y sobre todo por las visiones intuitivas y las que tuvo abstractivas de la Divinidad. Por todos estos medios alcanzó el altísimo conocimiento de la caridad increada y la bebió en su misma fuente; y como conoció que Dios debía ser amado por sí mismo y la criatura por Dios, así lo ejecutó y obró con intensísimo y ferventísimo amor. Y como el poder Divino no hallaba impedimento ni óbice de culpa, ni de inadvertencia, ignorancia o imperfección, o tardanza en la voluntad de esta Reina, por esto pudo obrar todo lo que quiso y lo que no hizo con las demás criaturas; porque ninguna otra tuvo la disposición que María Santísima.

527. Este fue el prodigo del poder divino y el mayor ensayo y testimonio de su caridad increada en pura criatura y el desempeño de aquel gran precepto natural y divino: *Amarás a tu Dios de todo tu corazón, alma y mente, y con todas tus fuerzas (Dt., 6, 5)*; porque sola María desempeñó a todas las criaturas de esta obligación y deuda que en esta vida y antes de ver a Dios no sabían ni podían pagar enteramente. Esta Señora lo cumplió siendo viadora más ajustadamente que los mismos Serafines siendo comprensores. Desempeñó también a Dios en su modo en este precepto, para que no quedara vacío y como frustrado de parte de los viadores; pues sola María Purísima le santificó y llenó por todos ellos, supliendo abundantemente todo lo que a ellos les faltó. Y si no tuviera Dios presente a María nuestra Reina para intimar a los mortales este mandato de tanto amor y caridad, por ventura no le hubiera puesto en esta forma; pero sólo por esta Señora se complació en ponerle y a ella se le debemos, así el mandato de la caridad perfecta como su cumplimiento adecuado.

528. ¡Oh dulcísima y hermosísima Madre de la hermosa dilección y caridad, todas las naciones te conozcan, todas las generaciones te bendigan, todas las criaturas te magnifiquen y alaben! Tú sola eres la perfecta, tú sola la dilecta, tú sola la escogida para tu Madre la Caridad Increada; ella te formó única y electa como el sol (Cant., 6, 9) para resplandecer en tu hermosísimo y perfectísimo amor. Lleguemos todos los míseros hijos de Eva a este sol, para que nos ilustre y encienda. Lleguemos a esta Madre para que nos reengendre en amor. Lleguemos a esta Maestra para que nos enseñe a tener el amor, dilección y caridad hermosa y sin defectos. Amor dice un afecto que se complace y descansa en el amado; dilección, obra de alguna elección y separación de lo que se ama de todo lo demás; y caridad dice sobre todo esto

un íntimo aprecio y estimación del bien amado. Todo esto nos enseñará la Madre de este amor hermoso, que por tener todas estas condiciones viene a serlo, y en ella aprenderemos a amar a Dios por Dios, descansando en Él todo nuestro corazón y afectos; a separarle de todo lo demás que no es el mismo sumo bien, pues le ama menos quien con él quiere amar otra cosa; a saberle apreciar y estimar sobre el oro y sobre todo lo precioso; pues en su comparación todo lo precioso es vil, toda la hermosura es fealdad y todo lo grande y estimable a los ojos carnales viene a ser contemptible y sin algún valor. De los efectos de la caridad de María Santísima hablo en toda esta Historia, y de ellos está lleno el Cielo y la tierra; y por eso no me detengo a contar en particular lo que no puede caber en lenguas ni palabras humanas ni angélicas.

Doctrina de la Reina del Cielo.

529. Hija mía, si con afecto de Madre deseo que me sigas y me imites en todas las otras virtudes, en esta de la caridad, que es el fin y corona de todas ellas, quiero, te intimo y declaro mi voluntad de que extiendas sobremanera todas tus fuerzas para copiar en tu alma con mayor perfección todo lo que se te ha dado a conocer en la mía. Enciende la luz de la fe y de la razón para hallar esta dracma (Lc., 15,8) de infinito valor y, habiéndola topado, olvida y desprecia todo lo terreno y corruptible; y en tu mente una y muchas veces confiere, advierte y pondera las infinitas razones y causas que hay en Dios para ser amado sobre todas las cosas; y para que entiendas cómo debes amarle con la perfección que deseas, éstas serán como señales y efectos del amor, si le tienes perfecto y verdadero: si meditas y piensas en Dios continuamente; si cumples sus mandamientos y consejos sin tedio ni disgusto; si temes ofenderle; si ofendido solicitas luego aplacarle; si te dueles de que sea ofendido y te alegras de que todas las criaturas

le sirvan; si deseas y gustas hablar continuamente de su amor; si te gozas de su memoria y presencia; si te contristas de su olvido y ausencia; si amas lo que él ama y aborreces lo que aborreces; si procuras traer a todos a su amistad y gracia; si le pides con confianza; si recibes con agradecimiento sus beneficios; si no los pierdes y conviertes a su honra y gloria; si deseas y trabajas por extinguir en ti misma los movimientos de las pasiones que te retardan o impiden el afecto amoroso y obras de las virtudes.

530. *Estos y otros efectos señalan como unos índices de la Caridad, que está en el alma con más o menos perfección. Y sobre todo, cuando es robusta y encendida, no sufre ociosidad en las potencias, ni consiente mácula en la voluntad, porque luego las purifica y consume todas, y no descansa si no es cuando gusta la dulzura del sumo bien que ama; porque sin él desfallece (Cant., 2, 5), está herida y enferma y sedienta de aquel vino que embriaga (Cant., 5, 1) el corazón, causando olvido de todo lo corruptible, terreno y momentáneo. Y como la Caridad es la madre y raíz de todas las otras virtudes, luego se siente su fecundidad en el alma donde permanece y vive; porque la llena y adorna de los hábitos de las demás virtudes, que con repetidos actos va engendrando, como lo significó el Apóstol (1 Cor., 13, 4). Y no sólo tiene el alma que está en caridad los efectos de esta virtud con que ama al Señor, pero estando en caridad es amada del mismo Dios, recibe del amor Divino aquel recíproco efecto de estar Dios en el que ama y venir a vivir como en su templo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; beneficio tan soberano que con ningún término ni ejemplo se puede conocer en la vida mortal.*

531. *El orden de esta virtud es amar primero a Dios que es sobre la criatura y luego amarse ella a sí misma y tras de sí amar lo que está cerca de sí, que es su prójimo. A*

Dios se ha de amar con todo el entendimiento sin engaño, con toda la voluntad sin dolo ni división, con toda la mente sin olvido, con todas las fuerzas sin remisión, sin tibieza, sin negligencia. El motivo que tiene la caridad para amar a Dios y todo lo demás a que se extiende es el mismo Dios; porque debe ser amado por sí mismo, que es sumo bien infinitamente perfecto y santo. Y amando a Dios con este motivo, es consiguiente que la criatura se ame a sí misma y al prójimo como a sí misma; porque ella y su prójimo no son suyos, tanto como son del Señor, de cuya participación reciben el ser, la vida y movimiento; y quien de verdad ama a Dios por quien es, ama también a todo lo que es de Dios y tiene alguna participación de su bondad. Por esto la Caridad mira al prójimo como obra y participación de Dios y no hace diferencia entre amigo y enemigo; porque sólo mira lo que tienen de Dios y que son cosa suya y no atiende esta virtud a lo que tiene la criatura de amigo o enemigo, de bienhechor o malhechor; sólo diferencia entre quien tiene más o menos participación de la bondad infinita del Altísimo y con el debido orden los ama a todos en Dios y por Dios.

532. Todo lo demás que aman las criaturas por otros fines y motivos, y esperando algún interés y comodidad o retornó, lo aman con amor de concupiscencia desordenada o con amor humano o natural; y cuando no sea amor virtuoso y bien ordenado, no pertenece a la caridad infusa. Y como es ordinario en los hombres moverse por estos bienes particulares y fines interesables y terrenos, por eso hay muy pocos que atiendan, abracen y conozcan la nobleza de esta generosa virtud, ni la ejerciten con su debida perfección; pues aun al mismo Dios buscan y llaman por temporales bienes, o por el beneficio y gusto espiritual. De todo este desordenado amor quiero, hija mía, que desvíes tu corazón y que sólo viva en él la caridad bien ordenada, a quien el Altísimo ha inclinado tus deseos. Y si tantas

veces repites que esta virtud es la hermosa y la agraciada y digna de ser querida y estimada de todas las criaturas, estudia mucho en conocerla y, habiéndola conocido, compra tan preciosa margarita, olvidando y extinguiendo en tu corazón todo amor que no sea de Caridad perfectísima. A ninguna criatura has de amar más de por sólo Dios y por lo que en ella conoces que te le representa y como cosa suya, y al modo que la esposa ama a todos los siervos y familiares de la casa de su esposo porque son suyos; y en olvidándote que amas alguna criatura sin atender a Dios en ella y amándola por este Señor, entiende que no la amas con Caridad, ni como de ti lo quiero y el Altísimo te lo ha mandado. También conocerás si los amas con Caridad en la diferencia que hicieses de amigo o enemigo, de apacible o no apacible, de cortés más o menos y de quien tiene o no tiene gracias naturales. Todas estas diferencias no las hace la caridad verdadera, sino la inclinación natural o las pasiones de los apetitos, que tú debes gobernar con esta virtud, extinguiéndolos y degollándolos.

CAPITULO 9

De la virtud de la Prudencia de la Santísima Reina del cielo.

533. Como el entendimiento precede en sus operaciones a la voluntad y la encamina en las suyas, así las virtudes que tocan al entendimiento son primero que las de la voluntad. Y aunque el oficio del entendimiento es conocer la verdad y entenderla, y por esto se pudiera dudar si sus hábitos son virtudes —cuya naturaleza consiste en inclinar y obrar lo bueno—, pero es cierto que también hay virtudes intelectuales, cuyas operaciones son loables y buenas, regulándose por la razón y la verdad, que conoce el entendimiento es su propio bien. Y cuando se le enseña y propone a la voluntad para que

ella le apetezca y le da reglas para hacerlo, entonces el acto del entendimiento es bueno y virtuoso en el orden del objeto teológico, como la fe, o moral, como la prudencia, que entendiendo endereza y gobierna las operaciones de los apetitos. Por esta razón la virtud de la prudencia es la primera y pertenece al entendimiento; y ésta es como la raíz de las otras virtudes morales y cardinales, que con la prudencia son loables sus operaciones y sin ella son viciosas y vituperables.

534. Tuvo la soberana Reina María esta virtud de la Prudencia en supremo grado proporcionado al de las otras virtudes que hasta ahora he dicho y adelante diré en cada una; y por la superioridad de esta virtud la llama la Iglesia Virgen Prudentísima. Y como esta primera virtud es la que gobierna, endereza y manda todas las obras de las otras virtudes, y en todo el discurso de esta Historia se trata de las que obraba María Santísima, con eso estará lleno todo el discurso de lo poco que pudiere decir y escribir de este piélago de Prudencia, pues en todas sus obras resplandecerá la luz de esta virtud con que las gobernaba. Por esto hablaré ahora más en general de la Prudencia de la soberana Reina, declarándola por sus partes y condiciones, según la doctrina común de los Doctores y Santos, para que con esto se pueda entender mejor.

535. De los tres géneros de Prudencia, que al uno llaman prudencia política, al otro prudencia purgatoria y al tercero prudencia del ánimo purgado o purificado y perfecto, ninguno le faltó a nuestra Reina en supremo grado; porque si bien sus potencias estaban purificadísimas o, por decir mejor, no tenían que purificar de culpa ni de contradicción en la virtud, pero tenían que purificar en la natural nesciencia y también caminar de lo bueno y santo a lo más perfecto y santísimo. Y esto se ha de entender respecto de su mismas obras y

comparándolas entre sí mismas y no con las de otras criaturas; porque en comparación de los demás Santos, no hubo obra menos perfecta en esta Ciudad de Dios, cuyos fundamentos estaban sobre los montes santos (Sal., 86, 1); pero en sí misma, como fue creciendo desde el instante de la concepción en la caridad y gracia, unas obras, que fueron en sí perfectísimas y superiores a todas las de los Santos, fueron menos perfectas respecto de otras más altas a que ascendía.

536. La Prudencia política, en general, es la que piensa y pesa todo lo que se debe hacer y, reduciéndolo a la razón, nada hace que no sea recto y bueno. La Prudencia purgatoria o purgativa es la que todo lo visible pospone y abstrae por enderezar el corazón a la Divina contemplación y a todo lo que es celestial. La Prudencia del ánimo purgado es la que mira al sumo bien y endereza a Él todo el afecto para unirse y descansar allí, como si ninguna otra cosa hubiera fuera de Él. Todos estos géneros de Prudencia estaban en el entendimiento de María Santísima para discernir y conocer sin engaño y para dirigir y mover sin remisión ni tardanza lo más alto y perfecto de estas operaciones. Nunca pudo el juicio de esta soberana Señora dictar ni presumir cosa alguna en todas las materias, que no fuese lo mejor y más recto. Nadie alcanzó como ella, ni lo hizo, a posponer y desviar todo lo mundial y visible, para enderezar el afecto a la contemplación de las cosas Divinas. Y habiéndolas conocido como las conoció con tantos géneros de noticias, de tal suerte estaba unida por amor al sumo bien increado, que nada la ocupó ni impidió para descansar en este centro de su amor.

537. Las partes que componen la Prudencia, claro está que con suma perfección estaban en nuestra Reina. La primera es la *Memoria*, para tener presentes las cosas

pasadas y experimentadas; de donde se deducen muchas reglas de proceder y obrar en lo futuro y presente; porque esta virtud trata de las operaciones en particular; y como no puede haber una regla general para todas, es necesario deducir muchas de muchos ejemplos y experiencias; y para esto se requiere la memoria. Esta parte tuvo nuestra soberana Reina tan constante, que jamás padeció el defecto natural del olvido; porque siempre le quedó inmóvil y presente en la memoria lo que una vez entendió y aprendió. En este beneficio trascendió María Purísima todo el orden de la naturaleza humana y aun la angélica, porque en ella hizo Dios un epílogo de lo más perfecto de entradas. Tuvo de la naturaleza humana lo esencial, y de lo accidental lo que era más perfecto y lejos de la culpa y necesario para merecer; y de los dones naturales y sobrenaturales de la naturaleza angélica tuvo muchos, por especial gracia, en mayor alteza que los mismos ángeles. Y uno de estos dones fue la memoria fija y constante, sin poder olvidar lo que aprendía; y cuanto excedió a los ángeles en la Prudencia, tanto se aventajó en esta parte de la memoria.

538. En sola una cosa limitó este beneficio misteriosamente la humilde *pureza* de María Santísima; porque habiendo de quedarle fijas en su memoria las especies de todas las cosas, y entre ellas era inexcusable haber conocido muchas fealdades y pecados de las criaturas, pidió al Señor la humildísima y purísima Princesa que el beneficio de la memoria no se extendiese a conservar estas especies, más de en lo que fuese necesario para el ejercicio de la caridad fraternal con los próximos y de las demás virtudes. Concedióle el Altísimo esta petición, más en testimonio de su candidísima humildad que por el peligro de ella; pues al sol no le ofende lo inmundo que sus rayos tocan, ni tampoco a los ángeles los conturban nuestras vilezas, porque para los limpios todo es limpio (Tit., 1, 15). Pero en este favor quiso

privilegiar el Señor de los ángeles a su Madre más que a ellos y sólo conservar en su memoria las especies de todo lo santo, honesto, limpio y más amable de su pureza y más agradable al mismo Señor; con todo lo cual aquella alma santísima, aun en esta parte, estaba más hermosa y adornada de especies en su memoria de todo lo más puro y deseable.

539. Otra parte de la Prudencia se llama *inteligencia*, que principalmente mira a lo que de presente se debe hacer; y consiste en entender profunda y verdaderamente las razones y principios ciertos de las obras virtuosas para ejecutarlas, deduciendo su ejecución de esta inteligencia, así en lo que conoce el entendimiento de la honestidad de la virtud en general, como de lo que debe hacer en particular quien ha de obrar con rectitud y perfección; como cuando tengo profunda inteligencia de esta verdad: *A nadie debes hacer el daño que tú noquieres recibir de otro*; luego a este tu hermano no debes hacerle agravio particular, que a ti te pareciera mal, si contigo lo hiciera él mismo o cualquiera otro. Esta inteligencia tuvo María Santísima en tanto más alto grado que todas las criaturas, cuanto más verdades morales conoció y más profundamente penetró su infalible rectitud y participación de la divina. En aquel clarísimo entendimiento, ilustrado con los mayores resplandores de la luz Divina, no había engaño, ignorancia, ni duda, ni opiniones como en las demás criaturas; porque todas las verdades, especialmente en las materias prácticas de las virtudes, las penetró y entendió en general y en particular, como ellas son en sí mismas; y en este grado incomparable tuvo esta parte de Prudencia.

540. La tercera se llama *Providencia*, y es la principal entre las partes de la Prudencia, porque lo más importante en la dirección de las acciones humanas es

ordenar lo presente a lo futuro, para que todo se gobierne con rectitud; y esto hace la Providencia. Tuvo esta parte de la Prudencia nuestra Reina y Señora en más excelente grado, si pudiera serlo, que todas las otras; porque, a más de la memoria de lo pasado y profunda inteligencia de lo presente, tenía ciencia y conocimiento infalible de muchas cosas futuras a que se extendía la buena Providencia. Y con esta noticia y luz infusa, de tal suerte prevenía las cosas futuras y disponía los sucesos, que ninguno pudo ser para ella repentino ni impensado. Todas las cosas tenía previstas, pensadas y ponderadas en el peso del santuario de su mente, ilustrada con la luz infusa; y así aguardaba no con duda ni incertidumbre, como los demás hombres, todos los sucesos antes que fuesen, pero con certeza clarísima; de suerte que todo hallase su lugar, tiempo y coyuntura oportuna, para que todo fuese bien gobernado.

541. Estas tres partes de la Prudencia comprenden las operaciones que con esta virtud tiene el entendimiento, distribuyéndolas en orden a las tres partes del tiempo pretérito, presente y futuro. Pero considerando todas las operaciones de esta virtud en cuanto conoce los medios de las otras virtudes y endereza las operaciones de la voluntad, en esta consideración añaden los doctores y filósofos otras cinco partes y operaciones a la Prudencia, que son: *docilidad, razón, solercia, circunspección y cautela*. La docilidad es el buen dictamen y disposición para ser enseñada la criatura de los más sabios, y no serlo consigo misma, ni estribar en su propio juicio y sabiduría. La *razón*, que también se llama raciocinación, consiste en discurrir con acierto, deduciendo de lo que se entiende como en general las particulares razones o consejos para las operaciones virtuosas. La *solercia* es la diligente atención y aplicación advertida a todo lo que sucede, como la docilidad a lo que nos enseñan, para hacer juicio recto y sacar reglas de bien obrar nuestras

acciones. La circunspección es el juicio y consideración de las circunstancias que ha de tener la obra virtuosa; porque no basta el buen fin para que sea loable, si le faltaren las circunstancias y oportunidad que se requieren en ellas. La cautela dice la discreta atención con que se deben advertir y evitar los peligros o impedimentos que pueden ocurrir con color de virtud o impensadamente, para que no nos hallen incautos o inadvertidos.

542. Todas estas partes de la Prudencia estuvieron en la Reina del Cielo sin defecto alguno y con su última perfección. La docilidad fue en Su Alteza como hija legítima de su incomparable humildad; pues habiendo recibido tanta plenitud de ciencia desde el instante de su Inmaculada Concepción y siendo la Maestra y Madre de la verdadera sabiduría, siempre se dejó enseñar de los mayores, de los iguales y menores, juzgándose por menor que todos y queriendo ser discípula de los que en su comparación eran ignorantísimos. Esta docilidad mostró toda la vida como una candidísima paloma, disimulando su sabiduría con mayor prudencia que de serpiente (Mt., 10, 16). Dejóse enseñar de sus padres niña y de su maestra en el templo y de sus compañeras, de su esposo José, de los Apóstoles y de todas las criaturas quiso deprender para ser ejemplo portentoso de esta virtud y de la humildad, como en otro lugar he dicho (Cf. supra n. 405, 472).

543. La razón prudencial o raciocinación de María Santísima se infiere mucho de las veces que dice de ella el Evangelista San Lucas (Lc., 2, 19.51) que guardaba en su corazón y confería lo que iba sucediendo en las obras y misterios de su Hijo Santísimo. Esta conferencia parece obra de la razón, con que careaba unas cosas primeras con otras que iban ocurriendo y sucediendo y las confería entre sí mismas, para hacer en su corazón prudentísimos

consejos y aplicarlos en lo que era conveniente para obrar con el acierto que lo hacía. Y aunque muchas cosas conocía sin discurso y con una simplicísima vista o inteligencia que excedía a todo discurso humano, pero, en orden a las obras que había de hacer en las virtudes, podía raciocinar y aplicar con el discurso las razones generales de las virtudes a sus propias operaciones.

544. En la solertería y diligente advertencia de la Prudencia también fue la soberana Señora muy privilegiada; porque no tenía el peso grave de las pasiones y corrupción, y así no sentía descaecimientos ni tardanza en las potencias; antes estaba fácil, pronta y muy expedita para advertir y atender a todo lo que podía servir para hacer recto juicio y sano consejo en obrar las virtudes en cualquier caso ocurrente, atendiendo con presteza y velocidad al medio de la virtud y su operación. En la circunspección fue María Santísima igualmente admirable; porque todas sus obras fueron tan cabales, que a ninguna le faltó circunstancia buena, y todas tuvieron las mejores, que las pudieran levantar de punto. Y como eran la mayor parte de sus obras ordenadas a la caridad de los prójimos, y todas tan oportunas, por eso en el enseñar, consolar, amonestar, rogar o corregir, siempre se lograba la eficaz dulzura de sus razones y agrado de sus obras.

545. La última parte, de la cautela para ocurrir a los impedimentos que pueden estorbar o destruir la virtud, era necesario que estuviese en la Reina de los Ángeles con más perfección que en ellos mismos; porque la sabiduría tan alta, y el amor que le correspondía, la hacían tan cauta y advertida que ningún suceso ni impedimento ocurrente la pudo topar incauta, sin haberle desviado para obrar con suma perfección en todas las virtudes. Y como el enemigo, según adelante diré (Cf. infra p. II n. 353), se desvelaba tanto en ponerle

impedimentos exquisitos y extraños para el bien, porque no los podía mover en sus pasiones, por esto ejercitó la Prudentísima Virgen esta parte de la cautela muchas veces con admiración de todos los Ángeles. Y de esta discreción cautelosa de María Santísima, le cobró el demonio una temerosa rabia y envidia, deseando conocer el poder con que le deshacía tantas maquinaciones y astacias como fraguaba para impedirla o divertirla, y siempre quedaba frustrado, porque siempre la Señora de las virtudes obraba lo más perfecto de todas en cualquiera materia y suceso.

546. Conocidas las partes de que la Prudencia se integra y compone, se divide en especies según los objetos y fines para que sirve. Y como el gobierno de la Prudencia puede ser consigo mismo o con otros, por eso se divide según que enseña a gobernarse a sí y a otros. La que sirve a cada uno para el gobierno de sus propias y especiales acciones, creo se llama *enárquica*; y de ésta no hay que decir más de lo que arriba queda declarado del gobierno que la Reina del Cielo tenía principalmente consigo misma. La que enseña el gobierno de muchos se llama *poliárquica*; y ésta se divide en cuatro especies, según las diferencias de gobernar diversas partes de multitud: la primera se llama prudencia *regnativa* que enseña a gobernar los reinos con leyes justas y necesarias, y es propia de los reyes, príncipes y monarcas y de aquellos donde está la potestad suprema; la segunda se llama *política*, determinando este nombre a la que enseña el gobierno de las ciudades o repúblicas; la tercera se llama *económica*, que enseña y dispone lo que pertenece al gobierno doméstico de las familias y casas particulares; la cuarta es la *prudencia militar*, que enseña a gobernar la guerra y los ejércitos.

547. Ninguno de estos linajes de prudencia faltó a nuestra gran Reina; porque todos se le dieron en hábito

en el instante que fue concebida y santificada juntamente, para que no le faltase gracia, ni virtud, ni perfección alguna que la levantase y hermosease sobre todas las criaturas. Formóla el Altísimo para archivo y depósito de todos sus dones, para ejemplar de todo el resto de las criaturas y para desempeño de su mismo poder y grandeza, y que se conociese enteramente en la Jerusalén celestial lo que pudo y quiso obrar en una pura criatura. Y no estuvieron ociosos en María Santísima los hábitos de estas virtudes, porque todas las ejercitó en el discurso de su vida en muchas ocasiones que se le ofrecieron. Y de lo que toca a la prudencia económica, sabida cosa es cuán incomparable la tuvo en el gobierno de su casa con su esposo José y con su Hijo Santísimo, en cuya educación y servicio procedió con tal prudencia, cual pedía el más alto y oculto sacramento que Dios ha fiado de las criaturas; de que diré lo que entendiere y pudiere en su lugar (Cf. infla p.ii n. 653-663, 702-711).

548. El ejercicio de la Prudencia regnativa o monárquica tuvo como Emperatriz única en la Iglesia, enseñando, amonestando y gobernando a los Sagrados Apóstoles en la primitiva Iglesia, para fundarla y establecer en ella las leyes, ritos y ceremonias más necesarios y convenientes para su propagación y firmeza. Y aunque les obedecía en las cosas particulares y preguntaba especialmente a San Pedro como Vicario de Cristo y cabeza, y a San Juan como a su capellán, pero juntamente la consultaban y obedecían ellos y los demás en las cosas generales y en otras del gobierno de la Iglesia. Enseñó también a los reyes y príncipes cristianos que la pidieron consejo; porque muchos la buscaron para conocerla después de la subida de su Hijo Santísimo a los Cielos (Cf. infra p. II n. 567 y p. III n. 587-588); especialmente la consultaron los tres Reyes Magos, cuando adoraron al Niño, y ella les respondió y enseñó todo lo que debían hacer, en su gobierno y de sus estados, con tanta luz y acierto que fue

su estrella y guía para enseñarles el camino de la eternidad; y volvieron a sus patrias ilustrados, consolados y admirados de la sabiduría, prudencia y dulcísima eficacia de las palabras que habían oído a una tierna doncella. Y para testimonio de todo lo que en esto se puede encarecer, basta oír a la misma Reina que dice (Prov., 8, 15-16): *Por mí reinan los Reyes, mandan los Príncipes y los autores de las leyes determinan lo que es justo.*

549. Tampoco le faltó el uso de la prudencia política, enseñando a las repúblicas y pueblos, y a los de los primitivos fieles en particular, cómo habían de proceder en sus acciones públicas y gobierno y cómo debían obedecer a los reyes y príncipes temporales, y en particular al Vicario de Cristo y Cabeza de la Iglesia, y a sus Prelados y Obispos, y cómo se debían disponer los Concilios, definiciones y decretos que en ellos se hacían. La prudencia militar tuvo también su lugar en la soberana Reina; porque fue consultada también sobre esto de algunos fieles, a quienes aconsejó y enseñó lo que debían hacer en las guerras justas con sus enemigos, para obrarlas con mayor justicia y beneplácito del Señor. Y aquí pudiera entrar el valeroso ánimo y Prudencia con que venció esta poderosa Señora al príncipe de las tinieblas y enseñó a pelear con él con suprema sabiduría y Prudencia, mejor que David con el gigante y Judit con Holofernes ni Ester con Amán. Y cuando para todas estas acciones referidas no sirvieran estas especies y hábitos de Prudencia en la Madre de la sabiduría, convenía que los tuviese todos, a más del adorno de su alma santísima, para ser medianera y abogada única del mundo; porque habiendo de pedir todos los beneficios que Dios había de conceder a los mortales, sin venir alguno que no fuese por su mano e intercesión, convenía que tuviese noticia y perfecto conocimiento de las virtudes que pedía para los mortales y que se derivasen de esta Señora como de

Original y manantial después del mismo Dios y Señor, donde están como en principio increado.

550. Otros adminículos se le atribuyen a la Prudencia, que son como instrumentos suyos, y les llaman partes potenciales con que obra. Estos son, la fuerza o virtud en hacer sano juicio y se llama *synesis*, y la que endereza y forma el buen consejo y se llama *ebulía*, y la que en algunos casos particulares enseña a salir de las reglas comunes y se llama *gnome*, y ésta es necesaria para la epiqueya o epiquía, que juzga algunos casos por reglas superiores a las leyes ordinarias. Con todas estas perfecciones y fuerza estuvo la Prudencia en María Santísima; porque nadie como ella supo formar el sano consejo para todos en los casos contingentes, ni tampoco pudo nadie, aunque fuese el supremo ángel, hacer tan recto juicio en todas las materias. Y sobre todo alcanzó nuestra Prudentísima Reina las razones superiores y reglas de obrar con todo acierto en las casos que no podían venir las reglas ordinarias y comunes, de que sería muy largo discurso quererlos referir aquí; muchos se entenderán en el progreso de su vida santísima. Y para concluir todo este discurso de su Prudencia, sea la regla por donde se ha de medir, la Prudencia del alma santísima de Cristo Señor nuestro, con quien se ajustó y asimiló en todo respectivamente, como formada para coadjutora, semejante a Él mismo en las obras de la mayor Prudencia y sabiduría que obró el Señor de todo lo criado y Redentor del mundo.

Doctrina de la Reina del cielo.

551. Hija mía, todo lo que en este capítulo has escrito y lo que has entendido, quiero que sea doctrina y advertencia que te doy para el gobierno de todas tus acciones. Escribe en tu mente y conserva la memoria fija del conocimiento que te han dado de mi Prudencia en

todo lo que pensaba, quería y ejecutaba; y esta luz te encaminará en medio de las tinieblas de la humana ignorancia, para que no te confunda y turbe la fascinación de las pasiones y mucho más, la que con suma malicia y desvelo trabajan tus enemigos por introducir en tu entendimiento. El no alcanzar todas las reglas de la Prudencia, no es culpable en la criatura; pero el ser negligente en adquirirlas, para estar advertida en todo como debe, ésta es grave culpa y causa de muchos engaños y errores en sus obras. Y de esta negligencia nace que se desmanden las pasiones, que destruyen e impiden la Prudencia; particularmente la desordenada tristeza y deleite, que pervierten el juicio recto de la Prudente consideración del bien y del mal. Y de aquí nacen dos peligrosos vicios, que son la precipitación en obrar sin acuerdo de los medios convenientes, o la inconstancia en los buenos propósitos y obras comenzadas. La destemplada ira o el indiscreto fervor, entrambos precipitan y arrebatan en muchas acciones exteriores que se hacen sin medida y sin consejo. La facilidad en el juicio y el no tener firmeza en el bien son causa de que el alma imprudentemente se mueva de lo comenzado; porque admite lo que en contrario le ocurre y se agrada livianamente ahora del verdadero bien y luego del aparente y engañoso que las pasiones piden y el demonio representa.

552. *Contra todos estos peligros te quiero advertida y prudente, y seráslo si atiendes al ejemplar de mis obras y conservas los documentos y consejos de la obediencia de tus padres espirituales, sin la cual nada debes hacer para proceder con consejo y docilidad. Y advierte que por ella te comunicará el Altísimo copiosa sabiduría, porque le obliga sobremanera el corazón blando, rendido y dócil. Acuérdate siempre de la desdicha de aquellas vírgenes imprudentes y fatuas (Mt., 25, 1-13) que por su inadvertida negligencia despreciaron el cuidado y*

sano consejo, cuando debían tenerle; y después cuando le buscaban hallaron cerrada la puerta del remedio. Procura, hija mía, con la sinceridad de paloma juntar la prudencia de serpiente (Mt., 10, 16), y serán tus obras perfectas.

CAPITULO 10

De la virtud de la justicia que tuvo María Santísima.

553. La gran virtud de la Justicia es la que más sirve a la caridad de Dios y del prójimo, y así es la más necesaria para la conservación y comunicación humana; porque es un hábito que inclina a la voluntad a dar a cada uno lo que le toca; y tiene por materia y objeto la igualdad, ajustamiento o derecho que se debe guardar con los prójimos y con el mismo Dios. Y como son tantas las cosas en que puede el hombre guardar esta igualdad o violarla con los prójimos, y esto por tan diversos modos, por lo cual la materia de la Justicia es muy dilatada y difusa y muchas las especies o géneros de esta virtud de Justicia; en cuanto se ordena al bien público y común, se llama Justicia legal; y porque a todas las otras virtudes puede encaminar a este fin, se llama virtud general; aunque no participe de la naturaleza de las demás; pero cuando la materia de la Justicia es cosa determinada, y que sólo toca a personas particulares entre quienes se le guarda a cada una su derecho, entonces se llama Justicia particular y especial.

544. Toda esta virtud, con sus partes y géneros o especies que contiene, guardó la Emperatriz del mundo con todas las criaturas sin comparación de otra ninguna; porque sola ella conoció con mayor alteza y comprendió perfectamente lo que a cada uno se le debía. Y aunque esta virtud de la Justicia no mira inmediatamente a las pasiones naturales, como lo hacen la fortaleza y

templanza, según adelante diré, pero muchas veces y de ordinario sucede que, por no estar moderadas y corregidas las mismas pasiones, se pierde la Justicia con los prójimos, como lo vemos en los que por desordenada codicia o deleite sensual usurpan lo ajeno. Pues como en María Santísima ni había pasiones desordenadas ni ignorancia para no conocer el medio de las cosas en que consiste la Justicia, por eso la cumplía con todos obrando lo justísimo con cada uno, enseñando a que todos lo hiciesen cuando merecían oír sus palabras y doctrina de vida. Y en cuanto a la Justicia legal, no sólo la guardó cumpliendo las leyes comunes, como lo hizo en la purificación y en otros mandatos de la ley, aunque estaba exenta como Reina y sin culpa, pero nadie, fuera de su Hijo Santísimo, atendió como esta Madre de Misericordia al bien público y común de los mortales, enderezando a este fin todas las virtudes y operaciones, con que pudo merecerles la Divina Misericordia y aprovechar a los prójimos con otros modos de beneficios.

555. Las dos especies de justicia, que son *distributiva* y *commutativa*, estuvieron también en María Purísima en grado heroico. La justicia distributiva gobierna las operaciones con que se distribuyen las cosas comunes a las personas particulares; y esta equidad guardó Su Alteza en muchas cosas que por su voluntad y disposición se hicieron entre los fieles de la primitiva Iglesia; como en distribuir los bienes comunes para el sustento y otras necesidades de las personas particulares; y aunque nunca distribuyó por su mano el dinero, porque jamás lo trataba, pero repartíase por su orden y otras veces por sus consejos; pero en estas cosas y otras semejantes siempre guardó suma Equidad y Justicia, según la necesidad y condición de cada uno. Lo mismo hacía en la distribución de los oficios y dignidades o ministerios que se repartían entre los discípulos y primeros hijos del Evangelio en las congregaciones y juntas que

para esto se hacían. Todo lo ordenaba y disponía esta sapientísima Maestra con perfecta equidad, porque todo lo hacía con especial oración e ilustración Divina, a más de la ciencia y conocimiento ordinario que de todos los sujetos tenía. Y por esto acudían a ella los Apóstoles para estas acciones, y otras personas que gobernaban le pedían consejo; con lo cual todo cuanto por ella era gobernado se hacía y disponía con entera Justicia y sin acepción de personas.

556. La Justicia comutativa enseña a guardar igualdad recíprocamente en lo que se da y recibe entre las particulares personas; como dar dos por dos, etc., o el valor de una cosa guardando igualdad en ello. De esta especie de Justicia tuvo la Reina del Cielo menos ejercicio que de las otras virtudes, porque ni compraba ni vendía cosa alguna por sí misma, y si alguna era necesario comprar o comutar, esto lo hacía el Santo Patriarca José, cuando era vivo, y después lo hacían San Juan Evangelista o algún otro de los Apóstoles. Pero el Maestro de la santidad que venía a destruir y arrancar la avaricia, raíz de todos los males (1 Tim., 6, 10), quiso alejar de sí mismo y de su Madre Santísima las acciones y operaciones en que se suele encender y conservar este fuego de la codicia humana. Y por esto su Providencia Divina ordenó que ni por su mano ni por la de su Madre Purísima se ejerciesen las acciones del comercio humano de comprar y vender, aunque fuesen cosas necesarias para conservar la vida natural. Más no por eso dejaba de enseñar la gran Reina todo lo que pertenecía a esta virtud de Justicia comutativa, para que la obrasen con perfección los que en el apostolado y en la Iglesia primitiva era necesario que usasen de ella.

557. Tiene otras acciones esta virtud que se ejercitan entre los prójimos, cuales son juzgar unos a otros con juicio público y civil o con juicio particular; de cuyo

contrario vicio habló el Señor por San Mateo cuando dijo (Mt., 7, 1): *No queráis juzgar y no seréis juzgados.* En estas acciones de juicio se le da a cada uno lo que se le debe, según la estimación del que juzga; y por esto son acciones justas si se conforman con la razón y si desdicen de ella son injusticia. Nuestra soberana Reina no ejerció el juicio público y civil, aunque tenía potestad para ser juez de todo el universo; pero con sus rectísimos consejos en el tiempo de su vida, y después con su intercesión y méritos, cumplió lo que está de ella escrito en los Proverbios (Prov., 8, 20.16): *Yo ando en los caminos de la justicia y por mí determinan los poderosos lo que es justo.*

558. En los juicios particulares nunca pudo haber injusticia en el corazón purísimo de María Santísima; porque jamás pudo ser liviana en las sospechas, ni temeraria en los juicios, ni tuvo dudas; ni cuando las tuviera las interpretara con impiedad en la peor parte. Estos vicios injustísimos son propios y como naturales entre los hijos de Adán, en quienes dominan las pasiones desordenadas de odio, envidia y emulación en la malicia, y otros vicios que como esclavos viles los supeditan. De estas raíces tan infectas nacen las injusticias, de las sospechas del mal con leves indicios y de los juicios temerarios y de atribuir lo dudoso a la peor parte; porque cada uno presume fácilmente de su hermano la misma falta que en sí mismo admite. Y si con odio o envidia le pesa del bien de su prójimo y se alegra de su mal, ligeramente le da el crédito que no debía, porque se lo desea, y el juicio sigue al afecto. De todos estos achaques del pecado estuvo libre nuestra Reina, como quien no tenía parte en él; toda era caridad, pureza, santidad y amor perfecto lo que en su corazón entraba y salía; en ella estaba la gracia de toda la verdad (Eclo., 24, 25) y camino de la vida. Y con la plenitud de la ciencia y santidad nada dudaba ni sospechaba; porque todos los interiores conocía y

miraba con verdadera luz y misericordia, sin sospechar mal de nadie, sin atribuir culpa a quien estaba sin ella; antes remediando a muchos las que tenían y dando a todos y a cada uno con equidad y justicia lo que le tocaba y estando siempre dispuesta con benigno corazón para llenar a todos los hombres de gracias y dulzura de la virtud.

559. En los dos géneros de justicia, conmutativa y distributiva, se encierran muchas especies y diferencias de virtudes, que no me detengo a referirlas; pues todas las que convenían a María Santísima las tuvo en hábito y en actos supremos y excelentísimos. Pero hay otras virtudes que se reducen a la justicia, porque se ejercitan con otros y participan en algo las condiciones de justicia, aunque no en todo; porque no alcanzamos a pagar adecuadamente todo lo que debemos, o porque, si podemos pagarla, no es la deuda y obligación tan estrecha como la induce el rigor de la perfecta justicia conmutativa o distributiva. De estas virtudes, porque son muchas y varias, no diré todo lo que contienen; pero por no dejarlo todo, diré algo en compendio brevísimo para que se entienda cómo las tuvo nuestra soberana y muy excelsa Princesa.

560. Deuda justa es dar culto y reverencia a los que son superiores a nosotros; y según la grandeza de su excelencia y dignidad, y los bienes que de ellos recibimos, será mayor o menor nuestra obligación y el culto que les debemos, aunque ningún retorno sea igual con el recibo o con la dignidad. Para esto sirven tres virtudes, según tres grados de superioridad que reconocemos en los que debemos reverencia. La primera es la virtud de la *religión*, con la que damos a Dios el culto y reverencia que le debemos, aunque su grandeza excede en infinito y sus dones no pueden tener igual retorno de agradecimiento ni alabanza. Esta virtud entre

las mortales es nobilísima por su objeto, que es el culto de Dios, y su materia tan dilatada cuantos son los modos y materias en que Dios puede inmediatamente ser alabado y reverenciado. Compréndense en esta virtud de religión las obras interiores de la oración, contemplación y devoción, con todas sus partes y condiciones, causas, efectos, objetos y fin. De las obras exteriores se comprende aquí la adoración *latría*, que es la suprema y debida a sólo Dios con sus especies o partes que la siguen, como son el sacrificio, oblaciones, décimas, votos y juramentos y alabanzas externas y vocales; porque con todos estos actos, si debidamente se hacen, es Dios honrado y reverenciado de las criaturas y por el contrario con los vicios opuestos es muy ofendido.

561. En segundo lugar está la *piedad*, que es una virtud con que reverenciamos a los padres, a quienes después de Dios debemos el ser y educación, y también a los que participan esta causa, como son los deudos y la patria, que nos conserva y gobierna. Esta virtud de la piedad es tan grande, que se debe anteponer, cuando ella obliga, a los actos de supererogación de la virtud de la religión, como lo enseñó Cristo Señor nuestro por san Mateo (Mt., 15, 3ss), cuando reprendió a los fariseos que con pretexto del culto de Dios enseñaban a negar la piedad con los padres naturales. El tercero lugar toca a la *observancia*, que es una virtud con que damos honor y reverencia a los que tienen alguna excelencia o dignidad superior de diferente condición que la de los padres o natural patria. En esta virtud ponen los doctores *la dulía* y la *obediencia* como especies suyas. Dulía es la que reverencia a los que tienen alguna participación de la excelencia y dominio del supremo Señor, que es Dios, a quien toca el culto de la adoración *latría*. Por esto honramos a los Santos con adoración o reverencia dulía, y también a las superiores dignidades, cuyos siervos nos manifestamos. La *obediencia* es con la que

rendimos nuestra voluntad a la de los superiores, queriendo cumplir la suya y no la nuestra. Y porque la libertad propia es tan estimable, por eso esta virtud es tan admirable y excelente entre todas las virtudes morales, porque deja más la criatura en ella por Dios que en otra ninguna.

562. Estuvieron estas virtudes de *religión, piedad y observancia* en María Santísima con tanta plenitud y perfección que nada les faltó de lo posible a pura criatura. ¿Qué entendimiento podrá alcanzar la honra, veneración y culto con que esta Señora servía a su Hijo dilectísimo, conociéndole, adorándole por verdadero Dios y Hombre, Criador, Reparador, Glorificador y Sumo, Infinito, Inmenso en ser, bondad y todos sus atributos? Ella fue quien de todo conoció más entre las puras criaturas y más que todas ellas, y a este paso daba a Dios la debida reverencia y la enseñó a los mismos Serafines. En esta virtud fue maestra de tal suerte que sólo verla despertaba, movía y provocaba con oculta fuerza a que todos reverenciasen al supremo Señor y Autor del cielo y tierra y sin otra diligencia excitaba a muchos para que alabasen a Dios. Su oración, contemplación y devoción, y la eficacia que tuvo, y la que siempre tienen sus peticiones, todos los Ángeles y Bienaventurados la conocen con admiración eterna y todos no la podrán explicar. Débenle todas las criaturas intelectuales el haber suplido y recompensado, no sólo lo que ellos han ofendido, pero lo que no han podido alcanzar, ni obrar, ni merecer. Esta Señora adelantó el remedio del mundo y, si ella no estuviera en él, no saliera el Verbo del seno de su Eterno Padre. Ella trascendió a los Serafines desde el primer instante en contemplar, orar, pedir y estar devotamente pronta en el obsequio Divino. Ofreció sacrificios cual convenía, oblaciones, décimas, y todo tan acepto a Dios que por parte del oferente nadie fue más acepta después de su Hijo

Santísimo. En las eternas alabanzas, himnos, cánticos y oraciones vocales que hizo, fue sobre todos los Patriarcas y Profetas y, si los tuviera la Iglesia militante, como se conocerán en la triunfante, fuera nueva admiración del mundo.

563. Las virtudes de *piedad* y *observancia* tuvo Su Majestad como quien más conocía la deuda a sus padres y más sabía de su heroica santidad. Lo mismo hizo con sus consanguíneos, llenándolos de especiales gracias, como al Bautista y a su madre Santa Isabel, y a los demás del apostolado. A su patria, si no lo hubiera desmerecido la ingratitud y dureza de los judíos, la hubiera hecho felicísima, pero, en cuanto la Divina equidad permitió, la hizo muy grandes beneficios y favores espirituales y visibles. En la reverencia de los Sacerdotes fue admirable, como quien sola pudo y supo dar el valor a la dignidad de los cristos del Señor. Esto enseñó a todos; y después a reverenciar los Patriarcas, Profetas y Santos, y luego a los señores temporales y supremos en la potestad. Y ningún acto de estas virtudes omitió que en diferentes tiempos y ocasiones no los ejercitase y enseñase a otros, especialmente a los primeros fieles en el origen y principio de la Iglesia Evangélica, donde obedeciendo, no ya a su Hijo Santísimo ni a su Esposo presencialmente pero a los Ministros de ella, fue ejemplo de nueva obediencia al mundo; pues entonces con especiales razones se la debían todas las criaturas a la que en él quedaba por Señora y Reina que los gobernase.

564. Restan otras virtudes que también se reducen a la Justicia, porque con ellas damos lo que debemos a otros con alguna deuda moral, que es un honesto y decente título. Estas son: la *gratitud*, que se llama *gracia*, la *verdad o veracidad*, la *vindicación*, la *liberalidad*, la *amistad o afabilidad*. Con la *gratitud* hacemos alguna

igualdad con aquellos de quienes recibimos el beneficio, dándoles gracias por él, según la condición del beneficio, y también según el estado y condición del bienhechor; que a todo esto se debe proporcionar el agradecimiento y se puede hacer con diversas acciones. La *veracidad* inclina a tratar verdad con todos, como es justo que se trate en la vida humana y conversación necesaria de los hombres, excluyendo toda mentira —que en ningún suceso es lícita— toda engañosa simulación, hipocresía, jactancia e ironía. Todos estos vicios se oponen a la *verdad*; y si bien es posible y aun conveniente declinar en lo menos cuando hablamos de nuestra propia excelencia o virtud, para no ser molestos con exceso de jactancia, pero no es justo fingir menos con mentira, imputándose lo que no tiene de vicio. La *vindicación* es virtud que enseña a recompensar y deshacer con alguna pena el daño propio o el del prójimo que recibió de otro. Esta virtud es difícil entre los mortales, que de ordinario se mueven con inmoderada ira y odio fraternal, con que se falta a la caridad y justicia; pero cuando no se pretende el daño ajeno sino el bien particular o público, no es ésta pequeña virtud, pues usó de ella Cristo nuestro Señor cuando expelió del templo a los que le violaban con irreverencia (Jn., 2, 15); y Elias y Eliseo pidieron fuego del cielo (4 Re., 1) para castigar algunos pecados; y en los Proverbios se dice (Prov., 13, 24): *Quien perdona la vara del castigo, aborrece a su hijo.* La *liberalidad* sirve para distribuir conforme a razón el dinero o semejantes cosas, sin declinar a los vicios de avaricia y prodigalidad. La *amicicia* o *afabilidad* consiste en el decente y conveniente modo de conversar y tratar con todos, sin litigios ni adulación, que son los vicios contrarios de esta virtud.

565. Ninguna de todas éstas —y si hay otra alguna que se atribuya a la justicia— faltó a la Reina del Cielo; todas las tuvo en hábito y las ejercitó con actos

perfectísimos, según ocurrían las ocasiones, y a muchas almas enseñó y dio luz con que las obrasen y ejerciesen con perfección, como Maestra y Señora de toda santidad. La virtud de la gratitud con Dios ejercitó con los actos de religión y culto que dijimos, porque éste es el más excelente modo de agradecer; y como la dignidad de María Purísima y su proporcionada santidad se levantó sobre todo entendimiento criado, así dio el retorno esta eminent Señora, proporcionándose al beneficio, cuanto a pura criatura era posible; y lo mismo hizo en la piedad con sus padres y patria, como queda dicho. A los demás agradecía la humildísima Emperatriz cualquier beneficio, como si nada se le debiera, y, debiéndosele todo de justicia, lo agradecía con suma gracia y favor; pero sola ella supo dignamente y alcanzó a dar gracias por los agravios y ofensas, como por grandes beneficios, porque su incomparable humildad nunca reconocía injurias y de todas se daba por obligada; y como no olvidaba los beneficios, no cesaba en el agradecimiento.

566. En la verdad que trataba María Señora nuestra, todo cuanto se puede decir será poco; pues quien estuvo tan superior al demonio, padre de la mentira y engaño, no pudo conocer en sí tan despreciable vicio. La regla por donde se ha de medir en nuestra Reina esta virtud de la verdad es su caridad y sencillez columbina, que excluyen toda duplicidad y falacia en el trato de las criaturas. Y ¿cómo pudiera hallarse culpa ni dolo en la boca de aquella Señora que con una palabra de verdadera humildad trajo a su vientre al mismo que es verdad y santidad por esencia? En la virtud que se llama *vindicación* tampoco le faltaron a María Santísima muchos actos perfectísimos, no sólo enseñándola como maestra en las ocasiones que fue necesario en los principios de la Iglesia evangélica, pero por sí misma celando la honra del Altísimo y procurando reducir a

muchos pecadores por medio de la corrección, como lo hizo con Judas muchas veces, o mandando a las criaturas —que todas le estaban obedientes— castigasen algunos pecados para el bien de los que con ellos merecían eterno castigo. Y aunque en estas obras era dulcísima y suavísima, más no por eso perdonaba al castigo cuando y con quien era medio eficaz de purificar el pecado; pero con quien más ejercitó la venganza, fue contra el demonio, para librar de su servidumbre al linaje humano.

567. **De las virtudes de liberalidad y afabilidad tuvo asimismo la soberana Reina actos excelentísimos; porque su larguezza en dar y distribuir era como de suprema Emperatriz de todo lo criado y de quien sabía dar la estimación a todo lo visible e invisible dignamente. Nunca tuvo esta Señora cosa alguna, de las que puede distribuir la liberalidad, que juzgase por más propia que de sus prójimos; ni jamás a nadie las negó, ni aguardó que les costase el pedirlas, cuando esta Señora pudo adelantarse a darlas. Las necesidades y miserias que remedió en los pobres, los beneficios que les hizo, las misericordias que derramó, aun en cosas temporales, no se pueden contar en inmenso volumen. Su afabilidad amigable con todas las criaturas fue tan singular y admirable que, si no la dispusiera con rara prudencia, se fuera todo el mundo tras ella, aficionado de su trato dulcísimo; porque la mansedumbre y suavidad, templada con su divina severidad y sabiduría, descubrían en ella en tratándola, unos asomos de más que humana criatura. El Altísimo dispuso esta gracia en su Esposa con tal Providencia que, dando algunas veces indicios a los que la trataban del sacramento del Rey que en ella se encerraba, luego corría el velo y lo ocultaba, para que hubiese lugar a los trabajos, impidiendo el aplauso de los hombres; y porque todo era menos de lo que se le debía, y esto ni lo alcanzaban los mortales, ni atinaran a reverenciar como a criatura a la que era Madre del**

Criador, sin exceder o faltar, mientras nolleaba el tiempo de ser ilustrados los hijos de la Iglesia con la fe cristiana y católica.

568. Para el uso más perfecto y adecuado de esta virtud grande de la Justicia le señalan los doctores otra *parte o instrumento*, que llaman *epiqueya*, con la cual se gobiernan algunas obras que salen de las reglas y leyes comunes; porque éstas no pueden prevenir todos los casos ni sus circunstancias ocurrientes, y así es necesario obrar en algunas ocasiones con razón superior y extraordinaria. De esta virtud tuvo necesidad y usó la Reina soberana en muchos sucesos de su vida santísima, antes y después de la ascensión de su Hijo unigénito a los cielos, y especialmente después, para establecer las cosas de la primitiva Iglesia, como en su lugar diré (Cf. p. III), si fuere servido el Altísimo.

Doctrina de la Reina del cielo.

569. Hija mía, en esta dilatada virtud de la Justicia, aunque has conocido mucho del aprecio que merece, ignoras lo más por el estado de la carne mortal, y por eso mismo no alcanzarán tampoco las palabras a la inteligencia; pero en ella tendrás un copioso arancel del trato que debes a las criaturas y también al culto del Altísimo. Y en esta correspondencia te advierto, carísima, que la majestad suprema del Todopoderoso recibe con justa indignación la ofensa que le hacen los mortales, olvidándose de la veneración, adoración y reverencia que le deben; y cuando alguna le dan, es tan grosera, inadvertida y descortés, que no merecen premio sino castigo. A los príncipes y magnates del mundo reverencian profundamente y los adoran, pídenles mercedes y las solicitan por medios y diligencias exquisitas, y danles muchas gracias cuando reciben lo que desean y se ofrecen a ser agradecidos toda la vida;

pero al supremo Señor que les da el ser, vida y movimiento, que los conserva y sustenta, que los redimió y levantó a la dignidad de hijos y les quiere dar su misma gloria y es infinito y sumo bien, a esta Majestad, porque no le ven con los ojos corporales, la olvidan y, como si de su mano no les vinieran todos los bienes, se contentan cuando mucho con hacer un tibio recuerdo y apresurado agradecimiento; y no digo ahora lo que ofendan al justísimo Gobernador del universo los que inicuamente rompen y atropellan con todo el orden de justicia con sus prójimos, como quien pervierte toda la razón natural, queriendo para sus hermanos lo que no quieren para sí mismos.

570. Aborrece, hija mía, tan execrables vicios y cuanto pueden tus fuerzas recompensa con tus obras lo que deja de ser servido el Altísimo con esta mala correspondencia; y pues por tu profesión estás dedicada al Divino culto, sea ésta tu principal ocupación y afecto, asimilándote a los espíritus angélicos, incesantes en el temor y culto suyo. Ten reverencia a las cosas Divinas y Sagradas, hasta los Ornamentos y Vasos que sirven a este Ministerio. En el Oficio Divino, oración y sacrificio, procura estar siempre arrodillada; pide con fe y recibe con humilde agradecimiento; y éste le has de tener con todas las criaturas, aun cuando te ofendieren. Con todos te muestra piadosa, afable, blanda, sencilla y verdadera, sin ficción ni doblez, sin detracción ni murmuración, sin juzgar livianamente a tus prójimos. Y para que cumplas con esta obligación de Justicia, lleva siempre en tu memoria y deseo hacer con tus prójimos lo que tú quieres que se haga contigo misma; y mucho más te acuerda de lo que hizo mi Hijo Santísimo, y yo a su imitación, por todos los hombres.

CAPITULO 11

De la virtud de la fortaleza que tuvo María Santísima.

571. La virtud de la *fortaleza*, que se pone en el tercer lugar de las cuatro cardinales, sirve para moderar las operaciones que cada uno ejercita principalmente consigo mismo con la pasión de la irascible. Y si bien es verdad que la concupiscible —a quien pertenece la *templanza*— es primero que la irascible, porque del apetecer la concupiscible nace el repeler la irascible a quien impide lo apetecido, pero con todo eso se trata primero de la irascible y de su virtud, que es la *fortaleza*, porque en la ejecución de ordinario se alcanza lo apetecido interviniendo la irascible, que vence a quien lo impide; y por esto la *fortaleza* es virtud más noble y excelente que la *templanza*, de quien diré en el capítulo siguiente.

572. El gobierno de la pasión de la irascible por la virtud de la fortaleza se reduce a dos partes o especies de operaciones, que son: usar de la ira conforme a razón y con debidas circunstancias que la hagan loable y honesta, y dejar de airarse reprimiendo la pasión cuando es más conveniente detenerla que ejecutarla; pues lo uno y lo otro puede ser loable y vituperable según el fin y las demás circunstancias con que se hace. La primera de estas operaciones o especies se quedó con el nombre de fortaleza, y algunos doctores la llaman *belicosidad*. La segunda se llama *paciencia*, que es la más noble y superior fortaleza y la que principalmente tuvieron y tienen los Santos, aunque los mundanos, trocando el juicio y los nombres, suelen a la paciencia llamarla pusilanimidad y a la presunción impaciente y temeraria llaman fortaleza; porque aún no alcanzan los actos verdaderos de esta virtud.

573. No tuvo María Santísima movimientos desordenados que reprimir en la irascible con la virtud de la fortaleza;

porque en la inocentísima Reina todas las pasiones estaban ordenadas y subordinadas a la razón y ésta a Dios, que la gobernaba en todas las acciones y movimientos; pero tuvo necesidad de esta virtud para oponerse a los impedimentos que el demonio por diversos modos le ponía, para que no consiguiese todo lo que prudentísima, y ordenadamente apetecía para sí y para su Hijo Santísimo. Y en esta valerosa resistencia y conflicto nadie fue más fuerte entre todas las criaturas; porque todas juntas no pudieron llegar a la fortaleza de María nuestra Reina, pues no tuvieron tantas peleas y contradicciones del común enemigo. Pero cuando era necesario usar de esta fortaleza o belicosidad con las criaturas humanas, era tan suave como fuerte o, por mejor decir, era tan fuerte cuanto era suavísima en obrar; porque sola esta divina Señora entre las criaturas pudo copiar en sus obras aquel atributo del Altísimo que en las suyas junta la suavidad con la fortaleza (Sab., 8, 1). Este modo de obrar tuvo nuestra Reina con la fortaleza, sin reconocer su generoso corazón desordenado temor, porque era superior a todo lo criado; ni tampoco fue impávida y audaz sin moderación; ni podía declinar a estos extremos viciosos, porque con suma sabiduría conocía los temores que se debían vencer y la audacia que se debía excusar, y así estaba vestida como única mujer fuerte de fortaleza y hermosura (Prov., 31, 25).

574. En la parte de la fortaleza que toca a la paciencia fue María Santísima más admirable, participando sola ella de la excelencia de la paciencia de Cristo su Hijo Santísimo, que fue padecer y sufrir sin culpa y padecer más que todos los que las cometieron. Toda la vida de esta soberana Reina fue una continuada tolerancia de trabajos, especialmente en la vida y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, donde la paciencia excedió a todo pensamiento de criaturas y solo el mismo Señor que se la dio puede dignamente darla a conocer. Jamás esta

candidísima paloma se indignó contra la paciencia con criatura alguna, ni le pareció grande algún trabajo y molestia de las inmensas que padeció, ni se contristó por él, ni dejó de recibirlos todos con alegría y hacimiento de gracias. Y si la paciencia —según el orden del Apóstol— se pone el primer parto de la caridad (1 Cor., 13, 4) y su primogénito, si nuestra Reina fue Madre del amor (Eccl., 24, 24), también lo fue de la paciencia; y se debe medir con él, porque cuanto amamos y apreciamos el bien eterno sobre todo lo visible tanto nos determinamos a padecer, por conseguirle y no perderle, todo lo penoso que sufre la paciencia; por eso fue María Santísima pacientísima sobre todas las criaturas y madre de esta virtud para nosotros, que, acudiendo a ella, hallaremos esta torre de David con mil escudos (Cant., 4, 4) pendientes de paciencia, con que se arman los fuertes de la Iglesia y de la milicia de Cristo nuestro Señor.

575. No tuvo jamás nuestra pacientísima Reina ademanes afeminados de flaqueza, ni tampoco de ira exterior, porque todo lo tenía prevenido con la Divina luz y sabiduría; aunque ésta no excusaba dolor, antes le añadía, porque nadie pudo conocer el peso de las culpas y ofensas infinitas contra Dios, como las conoció esta Señora. Mas no por eso se pudo alterar su invencible corazón; ni por las maldades de Judas, ni por las contumelias y desacatos de los fariseos, jamás mudó el semblante y menos el interior. Y aunque en la muerte de su Hijo Santísimo todas las criaturas y elementos insensibles parece que quisieron perder la paciencia contra los mortales, no pudiendo sufrir la injuria y ofensa de su Criador, sola María estuvo inmóvil y aparejada para recibir a Judas y a los fariseos y sacerdotes, si después de haber crucificado a Cristo nuestro Señor se volvieran a la Madre de Piedad y Misericordia.

576. Bien pudiera la mansísima Emperatriz del Cielo indignarse y airarse con los que a su Hijo Santísimo dieron tan afrentosa muerte y no pasar en esta ira los límites de la razón y virtud, pues el mismo Señor ha castigado justamente este pecado. Estando yo en este pensamiento me fue respondido que el Altísimo dispuso cómo esta gran Señora no tuviese estos movimientos y operaciones, aunque pudiera debidamente, porque no quería que ella fuese instrumento y como acusadora de los pecadores, porque la eligió por Medianera y Abogada suya y Madre de Misericordia, para que por ella viniesen a los hombres todas las que el Señor quería mostrar con los hijos de Adán, y hubiese quien dignamente moderase la ira del justo Juez, intercediendo por los culpados. Sólo con el demonio ejecutó la ira esta Señora, y en lo que fue necesario para la paciencia y tolerancia, y para vencer los impedimentos que le pudo oponer este enemigo y antigua serpiente para el bien obrar.

577. A la virtud de la fortaleza se reducen también la *magnanimitad* y la *magnificencia*; porque participan de estas condiciones en alguna cosa, dando firmeza a la voluntad en la materia que las toca. La magnanimitad consiste en obrar cosas grandes a quienes sigue la honra grande de la virtud; y por eso se dice que tiene por materia propia los honores grandes, y de que le nacen a esta virtud muchas propiedades que tienen los magnánimos, como aborrecer las lisonjas y simuladas hipocresías — que amarlas es de ánimos apocados y viles— no ser codiciosos, ni interesados, ni amigos de lo más útil, sino de lo más honesto y grande; no hablar de sí mismo con jactancia; ser detenidos en obrar cosas pequeñas, reservándose para las mayores; ser más inclinados a dar que recibir; porque todas estas cosas son dignas de mayor honra. Mas no por esto es contra la humildad esta virtud, que una no puede ser contraria de otra; porque la

magnanimidad hace que con los dones y virtudes se haga el hombre benemérito de grandes honras, sin apetecerlas ambiciosa y desordenadamente; y la humildad enseña a que las refiera a Dios y se desestime a sí mismo por sus defectos y por su propia naturaleza. Y por la dificultad que tienen las obras grandes y honrosas de la virtud, piden especial fortaleza, que se llama *magnanimidad*, cuyo medio consiste en proporcionar las fuerzas con las acciones grandes, para que ni las dejemos por pusilánimes, ni las intentemos con presunción ni desordenada ambición ni con apetito de gloria vana; porque todos estos vicios desprecia el magnánimo.

578. La *magnificencia* también significa obrar grandes cosas, y en esta significación tan extendida puede ser común virtud, que en todas las materias virtuosas obra cosas grandes. Pero como hay especial razón o dificultad en obrar y hacer grandes gastos, aunque sea conforme a razón, por esto se llama magnificencia especial la virtud que determinadamente inclina a grandes sumptos, regulándolos por la prudencia, para que ni el ánimo sea escaso cuando la razón pide mucho, ni tampoco sea profuso cuando no conviene, consumiendo y talando lo que no debía. Y aunque esta virtud parece la misma con la liberalidad, pero los filósofos las distinguen; porque el magnífico mira a cosas grandes sin atender más y el liberal mira al amor y uso templado del dinero; y alguno podrá ser liberal sin llegar a ser magnífico, si se detiene en distribuir lo que tiene más grandeza y cantidad.

579. Estas dos virtudes de magnanimidad y magnificencia estuvieron en la Reina del cielo con algunas condiciones que no pudieron alcanzar los demás que las tuvieron. Sólo María purísima no halló dificultad ni resistencia en obrar todas las cosas grandes; y sola ella las hizo todas grandes, aun en las materias pequeñas, y sola ella entendió perfectamente la naturaleza y condición de

estas virtudes como de todas las demás; y así pudo darles la suprema perfección, sin tasarla por las contrarias inclinaciones, ni por ignorar el modo, ni por acudir a otras virtudes, como suele suceder a los más Santos y prudentes que, cuando no lo pueden todo, eligen y obran lo que les parece mejor. En todas las obras virtuosas fue esta Señora tan magnánima, que siempre hizo lo más grande y digno de honor y gloria; y mereciéndola de todas las criaturas fue más magnánima en despreciarla y posponerla refiriéndola sólo a Dios, y obrando en la misma humildad lo más grande y magnánimo de esta virtud; y estando las obras de la humildad heroica como en una divina emulación y competencia con lo magnánimo de todas las demás virtudes, vivían todas juntas como ricas joyas que a porfía con su hermosa variedad adornaban a la hija del Rey, *cuya gloria toda se quedaba en lo interior, como lo dijo David su padre (Sal., 44, 14).*

580. En la magnificencia también fue grande nuestra Reina; porque si bien era pobre, y más en el espíritu sin amor alguno a cosa terrena, con todo eso de lo que el Señor le dio dispensó magníficamente, como sucedió cuando los Reyes Magos le ofrecieron preciosos dones al Niño Jesús, y después en el discurso que vivió en la Iglesia, subido el Señor al cielo. Y la mayor magnificencia fue que, siendo Señora de todo lo criado, lo destinase todo para que magníficamente, cuanto era de su afecto, se gastase en el beneficio de los necesitados y en el honor y culto de Dios. Y esta doctrina y virtud enseñó a muchos, para ser maestra de toda perfección en obras que, tan a pesar de las viles costumbres e inclinaciones, hacen los mortales, sin llegar a darles el punto de prudencia que deben. Comunmente desean los mortales (según su inclinación), la honra y gloria de la virtud y ser tenidos por singulares y grandes; y como esta inclinación y afecto van desordenados, y tampoco enderezan esta

gloria de la virtud al Señor de todo, desatinan con los medios y, si llega la ocasión de hacer alguna obra de magnanimitad o magnificencia, desfallecen y no la hacen, porque son de ánimos abatidos y viles. Y como por otra parte quieren juntamente parecer grandes, excelentes y dignos de veneración, toman para esto otros medios engañosamente proporcionados y verdaderamente viciosos, como hacerse iracundos, hinchados, impacientes, ceñudos, altivos y jactanciosos; y como todos estos vicios no son magnanimitad, antes dicen poquedad y *bajeza* de corazón, por eso no alcanzan gloria ni honra entre los sabios, sino vituperio y desprecio; porque la honra más se halla huyendo de ella que solicitándola, y con obras, más que con deseos.

Doctrina de la Reina del cielo.

581. Hija mía, si con atención procuras, como yo te lo mando, entender la condición y necesidad de esta virtud de la fortaleza, con ella tendrás a la mano la rienda de la irascible, que es una de las pasiones que más presto se mueven y conturban la razón. Y también tendrás un instrumento con que obrar lo más grande y perfecto de las virtudes como tú lo deseas, y con que resistir y vencer los impedimentos de tus enemigos que se te oponen para acobardarte en lo más difícil de la perfección. Pero advierte, carísima, que como la potencia irascible sirva a la concupiscible para resistir a quien la impide en lo que su concupiscencia apetece, de aquí procede que, si la concupiscible se desordena y ama lo que es vicioso y sólo bien aparente, luego la irascible se desordena tras ella y en lugar de la fortaleza virtuosa incurre en muchos vicios execrables y feos. Y de aquí entenderás cómo del apetito desordenado de la propia excelencia y gloria vana, que causan la soberbia y vanidad, nacen tantos vicios en la irascible, cuales son las discordias, las contenciones, las riñas, la jactancia, los clamores, impaciencia, per-

tinacia, y otros vicios de la misma concupiscible, como son la hipocresía, mentira, deseo de vanidades, curiosidad y parecer en todo más de lo que son las criaturas y no lo que verdaderamente les toca por sus pecados y bajeza.

582. **D**e todos estos vicios tan feos estarás libre, si con fuerza mortificas y detienes los movimientos inordenados de la concupiscible con la templanza, de que dirás luego. Pero cuando apeteces y amas lo justo y conveniente, aunque te debes ayudar para conseguirlo de la fortaleza y de la irascible bien ordenada, sea de manera que no excedas; porque siempre tiene peligro de airarse con celo de la virtud quien está sujeto a su propio y desordenado amor; y tal vez se disimula y solapa este vicio con capa de buen celo, y se deja engañar la criatura airándose por lo que ella apetece para sí, y queriendo que se entienda es celo de Dios y del bien de sus prójimos. Por esto es tan necesaria y gloriosa la paciencia que nace de la caridad y se acompaña con la dilatación y magnanimidad, pues el que ama de veras al sumo y verdadero bien fácilmente sufre la pérdida de la honra y gloria aparente, y con magnanimidad la desprecia como vil y contentible; y aunque se la den las criaturas, no la estima, y en los demás trabajos se muestra invencible y constante; con que granjea cuanto puede el bien de la perseverancia y tolerancia.

CAPITULO 12

De la virtud de la templanza que María Santísima tuvo.

583. **D**e los dos movimientos que tiene la criatura en apetecer el bien sensible y retirarse del mal, este último se modera con la fortaleza, que —como he dicho— sirve para que por la irascible no deje vencerse la voluntad, antes ella venza con audacia, padeciendo cualquier mal

sensible por conseguir el bien honesto. Para gobernar los otros movimientos de la concupiscible sirve la *templanza*, que es la última virtud de las cardinales y la menor; porque el bien que consigue no es tan general como el que miran las otras virtudes, antes la templanza inmediatamente mira al bien particular del que la tiene. Consideran los doctores y maestros a la templanza en cuanto dice una general moderación de todos los apetitos naturales, y en este sentido es virtud general y común, que comprende a todas las virtudes que mueven el apetito conforme a razón. No hablamos ahora de la templanza en esta generalidad, sino en cuanto sirve para gobernar la concupiscible en la materia del tacto, donde el deleite mueve con mayor fuerza, y consiguientemente en otras materias deleitables que imitan a la delectación del tacto, aunque no con tanta fuerza.

584. En esta consideración tiene la templanza el último lugar de las virtudes, porque su objeto no es tan noble como en las otras; pero con todo eso se le atribuyen algunas excelencias mayores, en cuanto desvía de objetos y vicios más feos y aborrecibles, cuales son la destemplanza en los deleites sensitivos comunes a los hombres y a los brutos irracionales. Y por esto dijo David (Sal., 48, 13.21) que *fue hecho el hombre semejante al jumento*, cuando se dejó llevar de la pasión del deleite. Y por la misma razón el vicio de la destemplanza se llama pueril; porque un niño no se mueve por la razón sino por el antojo del apetito, ni se modera si no es con castigo; como también le pide la concupiscible para refrenarse en estos deleites. De este deshonor y fealdad redime al hombre la virtud de la templanza, enseñándole a gobernarse no por el deleite mas por la razón; y por esto mereció esta virtud que se le atribuyese a ella cierta honestidad y decoro o hermosura, que nace en el hombre de conservarse en el estado de la *razón* contra una

pasión tan indómita, que pocas veces la escucha ni obedece; y por el contrario, al sujetarse el hombre al deleite animal, se le sigue gran deshonor por la similitud bestial y pueril.

585. Contiene la templanza en sí a las virtudes de *abstinencia* y *sobriedad*, contra los vicios de la gula en la comida y de la embriaguez en la bebida, y en la abstinencia se contiene el ayuno; y son las primeras, porque al apetito lo primero se le ofrece la comida, objeto del gusto, para conservación de la naturaleza. Tras de estas virtudes se siguen las que moderan el uso de la propagación natural, que son *castidad* y *pudicicia*, con sus partes virginidad y continencia, contra los vicios de luxuria e incontinencia y sus especies. A estas virtudes, que son las principales en la templanza, se siguen otras que moderan el apetito en otros deleites menores; y las que moderan el sentido del olfato, oído y vista reducen a las del tacto. Pero hay otras semejantes a ellas en diferentes materias: éstas son la *clemencia* y *masedumbre*, que gobiernan la ira y el desorden en castigar contra el vicio de la crueldad inhumana o bestial a que pueden declinar. Otra es la *modestia*, que contiene en sí cuatro virtudes: la primera es la *humildad*, que contra la soberbia detiene al hombre para que no apetezca desordenadamente la propia excelencia; la segunda es la *estudiosidad*, para que no apetezca saber más de lo que conviene y como conviene contra el vicio de la curiosidad; la tercera es la *moderación* o austeridad para que no apetezca el superfluo fausto y ostentación en el vestido y aparato exterior; la cuarta es la que modera el apetito desmedido en las acciones lusorias, como son juegos, movimientos del cuerpo, burlas, bailes, etc., y, aunque no tiene particular nombre esta virtud, es muy necesaria y se llama generalmente *modestia* o *templanza*.

586. Para manifestar la excelencia que tuvieron estas virtudes en la Reina del cielo —y lo mismo he dicho de las otras— siempre me parece que vienen cortos los términos y palabras comunes con que hablamos de las virtudes de otras criaturas. Mayor proporción tuvieron las gracias y' dones de María Santísima con las de su dilectísimo Hijo, y éstas con las perfecciones Divinas, que todas las virtudes y santidad de los Santos con la de esta soberana Reina de las virtudes; y así viene a ser muy desigual cuanto podemos decir de ella con las palabras que significamos las gracias y virtudes de los demás Santos; donde por más consumadas que fuesen, estaban en sujetos imperfectos y sujetos a pecado y desordenados por él. Y si de éstas dijo el Eclesiástico (Eclo., 26, 20) que no había digna ponderación para la excelencia del continente ¿qué diremos de la templanza de la Señora de las gracias y virtudes y de la hermosura que tenía su alma santísima con el colmo de todas ellas? Todos los domésticos (Prov., 31,21) de esta mujer fuerte estaban guarnecidos con duplicadas vestiduras, porque sus potencias estaban adornadas con dos hábitos o perfecciones de incomparable hermosura y fortaleza: el uno, el de la justicia original que subordinaba los apetitos a la razón y gracia; el otro, el de los hábitos infusos, que añadía nueva hermosura y virtud para obrar con suma perfección.

587. Todos los demás Santos que en la hermosura de la templanza se han señalado, llegarían hasta sujetar la concupiscencia indómita, reduciéndola al yugo de la razón, para que nada apeteciese sin modo, que después había de retractar con el dolor de haberlo apetecido; y el que a esto se adelantase llegaría a negar al apetito todo aquello que se le puede substraer a la naturaleza humana sin destruirla; pero en todos estos actos de templanza sentiría alguna dificultad que retardaría el afecto de la voluntad, o a lo menos le haría tanta

resistencia que no pudiese conseguir su deseo con toda plenitud; y se querellase con el Apóstol de la infeliz carga de este pesado cuerpo (Rom., 7, 24). En María Santísima no había esta disonancia; porque sin remurmurar los apetitos y sin adelantarse a la razón dejaban obrar a todas las virtudes con tanta armonía y concierto que, fortaleciéndola como ejército de escuadrones bien ordenados (Cant., 6, 3), hacían un coro de celestial consonancia. Y como no había desmanes de los apetitos que reprimir, de tal manera ejercitaba las operaciones de la templanza, que no pudo caer en su mente especies ni memoria de movimiento desordenado; antes bien imitando a las Divinas perfecciones eran sus operaciones como originadas y deducidas de aquél supremo ejemplar, y se convertían a él como a única regla de su perfección y como fin último en que se terminaban.

588. La abstinencia y sobriedad de María Santísima fue admiración de los Ángeles; porque siendo Reina de todo lo criado y padeciendo las naturales pasiones de hambre y sed, no apeteció jamás los manjares que a su poder y grandeza pudieran corresponder, ni usaba de la comida por el gusto mas por sola necesidad; y ésta satisfacía con tal templanza, que ni excedía ni pudo exceder sobre lo ajustado para el húmido radical y alimento de la vida; y éste recibía dando primero lugar al padecer el dolor del hambre y sed, y dejando algún lugar a la gracia junto con el efecto natural del escaso alimento que recibía. Nunca padeció alteración de corrupción por la superfluidad de la comida o bebida, ni por esta causa sintió más necesidad, ni la tuvo un día más que otro, ni tampoco sintió estas alteraciones por defecto de alimento; porque si le moderaba algo de lo que el calor natural pedía, suplíalo la divina gracia, en que vive la criatura, y no en solo pan (Mt., 4, 4). Bien pudo el Altísimo sustentarla sin comida ni bebida, pero no lo hizo; porque no fue

conveniente ni para ella dejar de merecer en este uso de la comida y ser ejemplar de templanza, ni para nosotros que nos faltase tanto bien y merecimientos. De la materia de su comida que usaba y de los tiempos en que la recibía, se dice en diferentes lugares de esta Historia (Cf. infra p. III n. 196, 424, 898). Por su voluntad nunca comió carne, ni más de sola una vez cada día, salvo cuando vivió con su esposo José o cuando acompañaba a su Hijo Santísimo en sus peregrinaciones, que en estas ocasiones, por la necesidad de ajustarse a los demás, seguía el orden que el Señor le daba; pero siempre era milagrosa en la templanza.

589. De la Pureza Virginal y Pudor de la Virgen de las vírgenes no pueden hablar dignamente los supremos Serafines; pues en esta virtud, que en ellos es natural, fueron inferiores a su Reina y Señora; pues con el privilegio de la gracia y poder del Altísimo estuvo María Santísima más libre de la inmunidad del vicio contrario que los mismos Ángeles, a quienes por su naturaleza no puede tocarles. No alcanzamos los mortales en esta vida a formar el concepto debido de esta virtud en la Reina del Cielo, porque nos embaraza mucho el pesado barro con que a nuestra alma se le oscurece la candidez y cristalina luz de la Castidad. Túvola nuestra gran Reina en tal grado, que pudo dignamente preferir a la dignidad de Madre de Dios, si no fuera ella quien más la proporcionaba con esta inefable grandeza. Pero midiendo la pureza virginal de María con lo que ella la apreció y con la dignidad a que la levantó, se conocerá en parte cuál fue esta virtud en su virgíneo cuerpo y alma. Propúsola desde su Inmaculada Concepción, votóla desde su natividad, y observóla de suerte que jamás tuvo acción, ni movimiento, ni ademán en que la violase, ni tocase en su pudor. Por eso no habló jamás a hombre sin voluntad de Dios; ni a ellos, ni a las mujeres mismas miraba al rostro, no por el peligro sino por el mérito, por

el ejemplo nuestro y por la superabundancia de la divina prudencia, sabiduría y amor.

590. De su clemencia y mansedumbre dijo Salomón que *la ley de la clemencia estaba en su lengua* (Prov., 31, 26); porque nunca se movió que no fuese para distribuir la gracia que en sus labios estaba derramaba (Sal., 44, 3). La mansedumbre gobierna la ira y la clemencia modera el castigo. No tuvo ira que moderar nuestra mansísima Reina, ni usaba de esta potencia más de —como en el capítulo pasado dije (Cf. supra n. 573ss)— en los actos de fortaleza contra el pecado y el demonio, etc.; pero contra las criaturas racionales no tuvo ira que se ordenase a castigarlas, ni por suceso alguno se le movió ira, ni perdió la perfectísima mansedumbre con inmutable e inimitable igualdad interior y exterior; sin que jamás se le conociese diferencia en el semblante, en la voz, ni movimientos que testificasen algún interior movimiento de ira. Esta mansedumbre y clemencia tuvo el Señor por instrumento de la suya, y libró en ella todos los beneficios y efectos de las eternas y antiguas misericordias; y para este fin era necesario que la Clemencia de María Señora nuestra fuese proporcionado instrumento de la que el mismo Señor tiene con las criaturas. Considerando atenta y profundamente las obras de la Divina clemencia con los pecadores y que de todas fue María Santísima el idóneo instrumento con que se disponían y ejecutaban, se conocerá en parte la Clemencia de esta Señora. Todas sus repreensiones fueron más rogando, amonestando y enseñando, que castigando; y esto pidió ella al Señor, y su Providencia lo dispuso así, para que en esta sobreexcelsa Reina estuviese la ley de la clemencia (Prov., 31, 26) como en original y en depósito, de quien Su Majestad se sirviese, y los mortales deprendiesen esta virtud con las demás.

591. En las otras virtudes que contiene la modestia,

especialmente en la humildad, y en la austeridad o pobreza de María Santísima, para decir algo dignamente fueran necesarios muchos libros y lenguas de Ángeles. De lo que yo puedo alcanzar a decir está llena toda esta Historia, porque en todas las acciones de la Reina del Cielo resplandeció sobre todas las virtudes su incomparable humildad. Mucho temo agraviar la grandeza de esta singular virtud, queriendo ceñir en breves términos el piélago que pudo recibir y abrazar al Incomprensible y sin términos. Todo cuanto han alcanzado a conocer y a obrar los Santos y los mismos Ángeles con esta virtud de la humildad, no pudo llegar a lo menos de la que tuvo nuestra Reina. ¿A quién de los Santos ni de los Ángeles pudo llamar Madre el mismo Dios? Y ¿quién, fuera de María y del Eterno Padre, pudo llamar Hijo al Verbo humanado? Pues si la que llegó en esta dignidad a ser semejante al Padre, y tuvo las gracias y dones convenientes para ella, se puso en su estimación en el último lugar de las criaturas y a todas las reputaba por superiores ¿qué olor, qué fragancia daría al gusto del mismo Dios este humilde nardo (Cant., 1, 11), comprendiendo en su pecho al Supremo Rey de los reyes?

592. Que las columnas del cielo se encojan (Job 26, 11) y estremezcan en presencia de la inaccesible luz de la Majestad infinita, no es maravilla, pues a su vista tuvieron la ruina de sus semejantes, y ellos fueron preservados con beneficios y razones comunes a todos. Que los más fuertes e invencibles Santos se humillan, abrazando el desprecio y abatimiento, conociéndose por indignos de cualquier mínimo beneficio de la gracia, y aun del mismo obsequio y socorro de las cosas naturales, todo esto era justísimo y consiguiente; porque todos pecamos y necesitamos de la gloria del mismo Dios (Rom., 3, 23); y ninguno fue tan Santo ni tan grande, que no lo pudiese ser mayor, ni tan perfecto que no le faltase

alguna virtud, ni tan inculpable que no hallasen los ojos de Dios qué reprender en él; y cuando en todo fuera alguno perfectamente consumado, todos se quedaban en la esfera de la común gracia y beneficios, sin que nadie fuese superior a todos en todo.

593. Pero en esto fue sin ejemplo y sin segunda la humildad de María Purísima, que siendo autora de la gracia, principio de todo el bien de las criaturas, la suprema de ellas, el prodigo de las perfecciones divinas, el centro de su amor, la esfera de su omnipotencia, la que le llamó Hijo y se oyó llamar Madre del mismo Dios, se humilló al más inferior lugar de todo lo criado. Y la que gozando de la mayor excelencia de todas las obras de Dios en pura criatura, no le quedaba otra superior en ellas a que levantarse, se humilló juzgándose por no digna de la menor estimación, ni excelencia, ni honra que se le pudiera dar a la mínima de todas las criaturas racionales. No sólo se reputaba indigna de la dignidad de Madre de Dios y de las gracias que en esto se encerraban, pero del aire que respiraba, de la tierra que la sufría, del alimento que recibía y de cualquier obsequio y oficio de las criaturas, de todo se reputaba indigna y lo agradecía como si lo fuera. Y para decir mucho en pocas razones, el no apetecer la criatura racional la excelencia que absolutamente no le toca, o que por algún título le desmerece no es tan generosa humildad, aunque la infinita clemencia del Altísimo la admite y se dé por obligado de quien así se humilla; pero lo admirable es que se humille más que todas juntas las criaturas aquella que, debiéndosele toda la majestad y excelencia, no la apeteció ni buscó; pero estando en forma de digna Madre de Dios, se aniquiló en su estimación, mereciendo con esta humildad ser levantada como de justicia al dominio y señorío de todo lo criado .

594. A esta humildad incomparable correspondían en

María Santísima las otras virtudes que se encierran en la modestia; porque el apetito de saber más de lo qué conviene, de ordinario nace de poca humildad o caridad; y siendo vicio sin provecho, viene a ser de mucho daño, como le sucedió a Dina (Gén., 34, 1-3), que con inútil curiosidad saliendo a ver lo que no le era de provecho, fue vista con tanto daño de su honor. De la misma raíz de soberbia presuntuosa suele originarse la superflua ostentación y fausto en el vestido exterior y las desordenadas acciones y gestos o movimientos corporales que sirven a la vanidad y sensualidad, y testifican la liviandad del corazón, según que dijo el Eclesiástico (Eclo., 19, 27): *El vestido del cuerpo, la risa de la boca y los movimientos del hombre nos avisan de su interior.* Todas las virtudes contrarias a estos vicios estaban en María Purísima intactas y sin reconocer contradicción ni movimiento que las pudiese retardar o inficionar; antes, como hijas y compañeras de su profundísima humildad, caridad y pureza, testificaban en esta soberana Señora ciertos asomos más de criatura divina que de humana.

595. *Era estudiosísima sin curiosidad; porque estando llena de sabiduría sobre los mismos querubines, deprendía y se dejaba enseñar de todos como ignorante. Y cuando usaba de la divina ciencia o inquiría la Divina voluntad, era tan prudente y con tan altos fines y debidas circunstancias, que siempre sus deseos herían el corazón de Dios y le atraían a su ordenada voluntad. En la pobreza y austeridad fue admirable; pues quien era Señora de todo lo criado y lo tenía a su disposición, dejó tanto por la imitación de su Hijo Santísimo cuanto el mismo Señor puso en sus manos; porque así como el Padre puso todas las cosas en manos (Jn., 13, 3) del Verbo Humanado, así las puso este Señor todas en manos de su Madre y ella, para hacer lo mismo, las dejó todas con afecto y efecto por la gloria de su Hijo y Señor. De la*

modestia de sus acciones y dulzura de sus palabras y todo lo exterior, bastará decir que, por la inefable grandeza que con ellas descubría, fuera tenida por más que humana, si la fe no enseñara que era pura criatura, como lo confesó el sabio de Atenas, San Dionisio.

Doctrina de la Reina del cielo.

596. Hija mía, de la dignidad de esta virtud de la templanza has dicho algo por lo que de su excelencia has entendido y de la que yo ejercitaba; aunque de todo dejas mucho que decir para que se acabe de entender la necesidad tan precisa que los mortales tienen de usar en sus acciones de la templanza. Pena del primer pecado fue perder el hombre el perfecto uso de la razón, y que las pasiones, inobedientes contra ella, se rebelasen contra quien se había rebelado contra su Dios, despreciando su justísimo precepto. Para reparar este daño fue necesaria la virtud de la templanza, que domase las pasiones, que refrenase sus movimientos deleitables, que les diese modo, y restituyese al hombre el conocimiento del medio perfecto en la concupiscible y le enseñase e inclinase de nuevo a seguir la razón como capaz de la divinidad y no a seguir su deleite como uno de los brutos irracionales. No es posible, sin esta virtud, desnudarse la criatura del hombre antiguo, ni disponerse para los dones de la gracia y sabiduría divina; porque ésta no entra en el alma del cuerpo sujeto a pecados (Sab., 1, 4). El que sabe con la templanza moderar sus pasiones, negándoles el inmoderado y bestial deleite que apetecen, éste podrá decir y experimentar que le introduce el rey en las oficinas de su regalado vino (Cant., 2, 4) y tesoros de la sabiduría y espirituales carismas; porque esta virtud es una oficina general, llena de las virtudes más hermosas y fragantes al gusto del Altísimo.

597. *Y si bien quiero que trabajes mucho por alcanzarlas todas, pero singularmente considera la hermosura y buen olor de la Castidad, la fuerza de la abstinencia y sobriedad en la comida y bebida, la suavidad y efectos de la modestia en las palabras y obras y la nobleza de la pobreza altísima en el uso de las cosas. Con estas virtudes alcanzarás la luz Divina, la paz y tranquilidad de tu alma, la serenidad de tus potencias, el gobierno de tus inclinaciones y llegarás a ser toda iluminada con los resplandores de la Divina gracia y dones; y de la vida sensible y animal serás levantada a la conversación y vida angélica, que es la que de ti quiero y lo que tú misma deseas con la virtud Divina. Advierte, pues, carísima, y desvélate en obrar siempre con la luz de la gracia y nunca se muevan tus potencias por solo deleite y gusto suyo; pero siempre obra por razón y gloria del Altísimo en todas las cosas necesarias para la vida, en el comer, en el dormir, en el vestir, en hablar, en oír, en desear, en corregir, en mandar, en rogar; todo lo gobierne en ti la luz y el gusto de tu Señor y Dios y no el tuyo.*

598. *Y para que más te aficiones a la hermosura y gracia de esta virtud, atiende a la fealdad de sus vicios contrarios y pondera con la luz que recibes cuán feo, abominable, horrible y monstruoso está el mundo en los ojos de Dios y de los Santos por la enormidad de tantas abominaciones como los hombres cometan contra esta amable virtud. Mira cuántos siguen como brutos animales el horror de la sensualidad, otros la gula y embriaguez, otros el uso y vanidad, otros la soberbia y presunción, otros la avaricia y deleite de adquirir hacienda y todos generalmente el ímpetu de sus pasiones, buscando ahora sólo el deleite, en que para después atesoran eternos tormentos y el carecer de la vista beatífica de su Dios y Señor.*

CAPITULO 13

De los siete dones del Espíritu Santo que tuvo María Santísima.

599. Los siete dones del Espíritu Santo —según la luz que de ellos tengo— me parece añaden algo sobre las virtudes adonde se reducen, y por lo que añaden se diferencian de ellas aunque tengan un mismo objeto. Cualquiera beneficio del Señor se puede llamar don o dádiva de su mano, aunque sea natural, pero no hablamos ahora de los dones en esta generalidad, aunque sean virtudes y dádivas infusas; porque no todos los que tienen alguna virtud o virtudes tienen gracia de dones en aquella materia o, a lo menos, no llegan a tener las virtudes en aquel grado que se llaman dones perfectos, ¿como los entienden los Doctores Sagrados en las palabras de Isaías, donde dijo que en Cristo nuestro Salvador descansaría el Espíritu del Señor (Is., 11, 2), numerando siete gracias, que comúnmente se llaman dones del Espíritu Santo, cuales son: el espíritu de *sabiduría y entendimiento*, el espíritu de *consejo y fortaleza*, el espíritu de *ciencia y piedad* y el de *temor de Dios*. Los cuales dones estuvieron en el alma santísima de Cristo, redundando de la Divinidad a que estaba hipostáticamente unida, como en la fuente está el agua que de ella mana, para comunicarse a otros; porque todos participamos de las aguas del Salvador (Is., 12, 3), gracia por gracia (Jn. 1, 16) y don por don; y en él están escondidos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios (Col., 2, 3).

600. Corresponden los dones del Espíritu Santo a las virtudes adonde se reducen. Y aunque en esta correspondencia discurren con alguna diferencia los doctores, pero no la puede haber en el fin de los dones, que es dar alguna especial perfección a las potencias

para que hagan algunas acciones y obras perfectísimas y más heroicas en las materias de las virtudes; porque sin esta condición no se pudieran llamar dones particulares más perfectos y excelentes que en el modo común de obrar las virtudes. Esta perfección de los dones ha de incluir o consistir principalmente en alguna especial o fuerte inspiración y moción del Espíritu Santo, que venza con mayor eficacia los impedimentos y mueva al libre albedrío y le dé mayor fuerza para que no obre remisamente, antes con grande plenitud de perfección y fuerza, en aquella especie de virtud adonde pertenece el don. Todo lo cual no puede alcanzar el libre albedrío, si no es ilustrado y movido con especial eficacia, virtud y fuerza del Espíritu Santo, que le compele fuerte, suave (Sab., 8, 1) y dulcemente para que siga aquella ilustración y con libertad obre y quiera aquella acción que parece es hecha en la voluntad con la eficacia del divino Espíritu, como lo dice el Apóstol *ad Romanos* (Rom., 8, 14). Y por esto se llama esta moción instinto del Espíritu Santo; porque la voluntad, aunque obra libremente y sin violencia, pero en estas obras tiene mucho de instrumento voluntario y se asimila a él, porque obra con menos consulta de la prudencia común, como lo hacen las virtudes, aunque no con menos inteligencia ni libertad.

601. Con un ejemplo me daré a entender en algo, advirtiendo que, para mover la voluntad a las obras de virtud, concurren dos cosas en las potencias; la una es el peso o inclinación que en sí tiene, que la lleva y mueve, al modo de la gravedad a la piedra o la liviandad en el fuego para moverse cada uno a su centro. Esta inclinación acrecientan los hábitos virtuosos más o menos en la voluntad —y lo mismo hacen los vicios en su modo— porque inclinando al amor pesan, y el amor es su peso que la lleva libremente. Otra cosa concurre a esta moción de parte del entendimiento, que es una ilustración en

las virtudes con que se mueve y determina la voluntad; y esta ilustración es proporcionada con los hábitos y con los actos que hace la voluntad; para los ordinarios sirve la prudencia y su deliberación ordinaria, y para otros actos más levantados sirve o es necesaria más alta y superior ilustración y moción del Espíritu Santo, y ésta pertenece a los dones. Y porque la Caridad y Gracia es un hábito sobrenatural que pende de la Divina Voluntad al modo que el rayo nace del sol, por esto la Caridad tiene una particular influencia de la Divinidad, y con ella es movida y mueve a las demás virtudes y hábitos de la voluntad, y más cuando obra con los dones del Espíritu Santo.

602. Conforme a esto, en los dones del Espíritu Santo me parece conozco de parte del entendimiento una especial ilustración —en que se ha muy pasivamente— para mover a la voluntad, en la cual corresponden sus hábitos con algún grado de perfección que inclina sobre la ordinaria fuerza de las virtudes a obras muy heroicas. Y como si a la piedra sobre su gravedad le añaden otro impulso se mueve con más ligero movimiento, así en la voluntad añadiéndole la perfección e impulso de los dones los movimientos de las virtudes son más excelentes y perfectos. El don de sabiduría comunica al alma cierto gusto, con el cual gustando conoce lo divino y humano sin engaño, dando su valor y peso a cada uno contra el gusto que hace de la ignorancia y estulticia humana; y pertenece este don a la Caridad. El don del entendimiento clarifica para penetrar las cosas divinas y conocerlas contra la rudeza y tardanza de nuestro entendimiento; el de ciencia penetra lo más oscuro y hace maestros perfectos contra la ignorancia; y estos dos pertenecen a la fe. El don de consejo encamina y endereza y detiene la precipitación humana contra la imprudencia; y pertenece a su virtud propia. El de fortaleza expele el temor desordenado y conforta la

flaqueza; y pertenece a su misma virtud. El de piedad hace benigno el corazón, le quita la dureza y le ablanda contra la impiedad y dureza; y pertenece a la religión. El don de temor de Dios humilla amorosamente contra la soberbia; y se reduce a la humildad.

603. En María Santísima estuvieron todos los dones del Espíritu Santo, como en quien tenía cierto respeto y como derecho a tenerlos, por ser Madre del Verbo Divino, de quien procede el Espíritu Santo, a quien se le atribuyen. Y regulando estos dones por la dignidad especial de madre, era consiguiente que estuvieran en ella con la proporción debida y con tanta diferencia de todas las demás almas, cuanta hay de llamarse ella Madre de Dios y todas las demás sólo criaturas; y por estar la gran Reina tan cerca del Espíritu Santo por esta dignidad, y juntamente por la impecabilidad, y todas las demás criaturas estar tan lejos, así por la culpa como por la distancia del ser común, sin otro respeto ni afinidad con el Divino Espíritu. Y si estaban en Cristo, nuestro Redentor y Maestro, como en fuente y origen, estaban también en María, su digna madre, como en estanque o en mar de donde se distribuyen a todas las criaturas, porque de su plenitud superabundante redundan a toda la Iglesia. Lo cual en otra metáfora dijo Salomón en los Proverbios cuando la Sabiduría —dice— *edificó para sí una casa sobre siete columnas (Prov., 9, 1)*, etcétera, y en ella preparó la mesa, mezcló el vino y convidó a los párvulos e insipientes para sacarlos de la infancia y enseñarles la prudencia. No me detengo en esta declaración, pues ningún católico ignora que María Santísima fue esta magnífica habitación del Altísimo, edificada y fundada sobre estos siete dones para su hermosura y firmeza y para prevenir en esta casa mística el convite general de toda la Iglesia; porque en María está preparada la mesa, para que todos los párvulos ignorantes, hijos de Adán, lleguemos a ser saciados de la influencia y dones del

Espíritu Santo.

604. Cuando estos dones se adquieren mediante la disciplina y ejercicio de las virtudes, venciendo los vicios contrarios, el primer lugar tiene el temor; pero en Cristo Señor nuestro comenzó Isaías a referirlos por el orden de la sabiduría, que es el supremo; porque los recibió como maestro y cabeza y no como discípulo que los aprendía. Con este mismo orden los debemos considerar en su Madre Santísima; porque más se asimiló en los dones a su Hijo bendito que a ella las demás criaturas. El don de sabiduría contiene una iluminación gustosa, con que el entendimiento conoce la verdad de las cosas por sus causas íntimas y supremas, y la voluntad con el gusto de la verdad del verdadero bien le discierne y divide del aparente y falso; porque aquel es verdaderamente sabio que conoce sin engaño el verdadero bien para gustarle y le gusta conociéndole. Este gusto de la sabiduría consiste en gozar del sumo bien por una íntima unión de amor, a que se sigue el sabor y gusto del bien honesto participado y ejercitado por las virtudes inferiores al amor. Por esto no se llama sabio el que sólo conoce la verdad especulativamente, aunque tenga en este conocimiento su deleite; ni tampoco es sabio el que obra actos de virtud por sólo el conocimiento, y menos si lo hace por otra causa; pero si por el gusto del sumo y verdadero bien, a quien sin engaño conoce, y en él y por él todas las verdades inferiores, obra con íntimo amor unitivo, éste será verdaderamente sabio. Este conocimiento administra a la sabiduría el don de entendimiento, que la precede y acompaña, y consiste en una íntima penetración de las verdades divinas y de las que a este orden se pueden reducir y encaminar; porque el espíritu escudriña las cosas profundas de Dios (1 Cor., 2, 10), como el Apóstol dice.

605. Este mismo espíritu era necesario para entender y

decir algo de los dones de *sabiduría* y *entendimiento* que tuvo la Emperatriz del Cielo, María. El ímpetu del río que de la suma bondad estaba represado por tantos siglos eternos, alegró esta ciudad de Dios (Sal., 45, 5) con el corriente que, por medio del Unigénito del Padre y suyo que habitó en ella, derramó en su alma santísima; como si —a nuestro modo de entender— desaguara en este piélago de sabiduría el infinito mar de la divinidad, al mismo punto que pudo llamar al espíritu de sabiduría; y para que le llamase, vino a ella para que la deprendiese sin ficción y la comunicase sin envidia (Sab., 7, 13), como lo hizo; pues por medio de su sabiduría se manifestó al mundo la luz del Verbo Eterno Humanado. Conoció esta sapientísima Virgen la disposición del mundo, las condiciones de los elementos, el principio, medio y fin de los tiempos y sus mudanzas, los cursos de las estrellas, la naturaleza de los animales, las iras de las bestias fieras, la fuerza de los vientos, la compleción y pensamientos de los hombres, las virtudes de las plantas, yerbas, árboles, frutos y. raíces, lo escondido y oculto (Sab., 7, 17-21) sobre el pensamiento de los hombres, los misterios y caminos retirados del Altísimo; todo lo conoció María nuestra Reina y lo gustó con el don de la sabiduría que bebió en su fuente original y quedó hecha palabra de su pensamiento.

606. Allí recibió este vapor de la virtud de Dios y esta emanación de su caridad sincera (Sab., 7, 25) que la hizo inmaculada, y la preservó de la mancha que coquina al alma, y quedó espejo sin mácula de la Majestad de Dios. Allí participó el espíritu de inteligencia que contiene la Sabiduría, y es santo, único, multiplicado, sutil, agudo, diserto, móvil, limpio, cierto, suave, amador del bien y que nada le impide, bienhechor, humano, benigno, estable, seguro, que todas las virtudes comprende, todo lo alcanza, todo lo entiende con limpieza y delgadeza purísima con que toca a una y otra

parte (Sab., 7, 22-23). Todas estas condiciones que dijo el Sabio del espíritu de Sabiduría, única y perfectamente estuvieron en María Santísima después de su Hijo Unigénito; y con la sabiduría le vinieron juntos todos los bienes (Sab., 7, 11), y en todas sus operaciones le precedían estos altísimos dones de Sabiduría y entendimiento, para que en todas las acciones de las otras virtudes fuese gobernada con ellos, y en todas estuviese embebida su incomparable sabiduría con que obraba.

607. *De los demás dones está dicho algo en sus virtudes, adonde pertenecen; pero como todo cuanto podemos entender y decir es tanto menos de lo que había en esta Ciudad Mística de María, siempre hallaremos mucho que añadir. El don de consejo se sigue en el orden de Isaías al de entendimiento; y consiste en una sobrenatural iluminación con que el Espíritu Santo toca al interior, iluminándole sobre toda humana y común inteligencia, para que elija todo lo más útil, decente y justo, y repreube lo contrario, reduciendo a la voluntad con las reglas de la eterna e inmaculada Ley Divina a la unidad de un solo amor y conformidad de la perfecta voluntad del sumo bien; y con esta divina erudición deseche la criatura la multiplicidad y variedad de diversos afectos, y otros inferiores y externos amores y movimientos que pueden retardar o impedir al corazón humano, para que no oiga ni siga este Divino impulso y consejo, ni llegue a conformarse con aquel ejemplar vivo de Cristo Señor nuestro, que con altísimo consejo dijo al Eterno Padre: *No se haga mi voluntad sino la tuya (Mt., 26, 39).**

608. *El don de fortaleza es una participación o influjo de la virtud Divina que el Espíritu Santo comunica a la voluntad criada, para que felizmente animosa se levante sobre todo lo que puede y suele temer la humana*

flaqueza de las tentaciones, dolores, tribulaciones, adversidades; y sobrepujándolo y venciéndolo todo, adquiera y conserve lo más arduo y excelente de las virtudes, y transcienda, suba y traspase todas las virtudes, gracias, consolaciones internas y espirituales, revelaciones, amores sensibles, por muy nobles y excelentes que sean, todo lo deje atrás, y se extienda con un Divino conato, hasta llegar a conseguir la íntima y suprema unión del sumo bien, a que con deseos ardentísimos anhela; donde con verdad salga del fuerte la dulzura (Jue., 14, 14), habiéndolo vencido todo en el que la conforta (Flp., 4, 13). El don de *ciencia* es una noticia judicativa con rectitud infalible de todo lo que se debe creer y obrar con las virtudes; y se diferencia del *consejo*, porque éste elige y aquella juzga, el uno hace juicio recto y el otro la prudente elección. Y el don de entendimiento se distingue, porque éste penetra las verdades Divinas internas de la fe y virtudes, como en una simple inteligencia; y el don de la ciencia conoce con magisterio lo que de ellas se deduce, aplicando las operaciones externas de las potencias a la perfección de la virtud, en la cual el don de ciencia es como raíz y madre de la discreción.

609. El don de *piedad* es una virtud Divina o influjo con que el Espíritu Santo ablanda y como derrite y licueface la voluntad humana, moviéndola para todo lo que pertenece al obsequio del Altísimo y beneficio de los próximos. Y con esta blandura y suave dulzura está pronta nuestra voluntad, y atenta la memoria para en todo tiempo, lugar y suceso alabar, bendecir y dar gracias y honor al sumo bien; y para tener compasión tierna y amorosa con las criaturas, sin faltarles en sus trabajos y necesidades. No se impide [sic] este don de piedad con la envidia, ni conoce odio, ni avaricia, ni tibieza, ni estrechez de corazón; porque causa en él una fuerte y suave inclinación con que sale dulce y amorosamente a

todas las obras del divino amor y del prójimo; y a quien le tiene, le hace benévolo, obsequioso, oficioso y diligente. Y por eso dijo el Apóstol que el ejercicio de la piedad era útil para todas las cosas (1 Tim., 4, 8), y tiene la promesa de la vida eterna; porque es un instrumento nobilísimo de la caridad.

610. En el último lugar está el don de *temor* de Dios tan alabado, encarecido y encomendado repetidamente en la Escritura Divina y por los Santos Doctores, como fundamento de la perfección cristiana y principio de la verdadera sabiduría; porque el temor de Dios es el primero que resiste a la estulticia arrogante de los hombres y el que con mayor fuerza la destruye y desvanece. Este don tan importante consiste en una amorosa fuga y nobilísima erubescencia y encogimiento con que el alma se retrae a sí misma y a su propia condición y bajeza, considerándola en comparación de la suprema grandeza y majestad de Dios; y no queriendo sentir de sí ni saber altamente, teme, como enseñó el Apóstol (Rom., 11, 20). Tiene sus grados este temor santo, porque al principio se llama inicial y después se llama filial; porque primero comienza huyendo de la culpa como contraria al sumo bien que ama con reverencia, y después prosigue en su abatimiento y desprecio, porque compara su propio ser con la majestad, su ignorancia con la sabiduría, su pobreza con la infinita opulencia. Y todo esto hallándose rendida a la Divina voluntad con plenitud, se humilla y rinde a todas las criaturas por Dios; y para con Él y con ellas se mueve con un amor íntimo, llegando a la perfección de los hijos del mismo Dios y a la suprema unidad de espíritu con el Padre, Hijo y Espíritu Santo.

611. Si me dilatara más en la explicación de estos dones, saliera mucho de mi intento y *alargara* demasiado este discurso; lo que digo me parece suficiente para

entender su naturaleza y condiciones. Y habiéndola entendido se debe considerar que en la Soberana Reina del cielo estuvieron todos los dones del Espíritu Santo, no sólo en el grado suficiente y común que tienen en su género cada uno —porque esto puede ser común a otros Santos— pero estuvieron en esta Señora con especial excelencia y privilegio, cual no pudo caber en otro Santo alguno, ni pudiera ser conveniente a otro inferior suyo. Entendido, pues, en qué consiste el temor santo, la piedad, la fortaleza, la ciencia y el consejo, en cuanto son dones especiales del Espíritu Santo, extiéndase el juicio humano y el entendimiento angélico y piense lo más alto, lo más noble, lo más excelente, lo más perfecto, lo más divino; que sobre lo que concibieron todas juntas las criaturas están los dones de María, y lo inferior de ellos es lo supremo del pensamiento criado; así como lo supremo de los dones de esta Señora y Reina de las virtudes toca, en algún modo, a lo ínfimo de Cristo y de la Divinidad.

Doctrina de la Reina Santísima María.

612. Hija mía, estos nobilísimos y excelentísimos dones del Espíritu Santo que has entendido, son la emanación por donde la Divinidad se comunica y transfiere a las almas santas; y por esto no admiten limitación de su parte, como la tienen del sujeto donde se reciben. Y si las criaturas desocupasen el corazón de los afectos y amor terreno, aunque su corazón es limitado, participarían sin tasa el torrente de la Divinidad infinita por medio de los inestimables dones del Espíritu Santo. Las virtudes purifican a la criatura de la fealdad y mácula de los vicios, si los tenía, y con ellas comienza a restaurar el orden concertado de sus potencias, perdido primero por el pecado original y después por los actuales propios; y añaden hermosura, fuerza y deleite en el bien obrar. Pero los dones del Espíritu Santo levantan a las mismas

virtudes a una sublime perfección, ornato y hermosura con que se dispone, hermosea y agracia el alma para entrar en el tálamo del Esposo, donde por admirable modo queda unida con la Divinidad en un espíritu y vínculo de la eterna paz. Y de aquel felicísimo estado sale fidelísima y seguramente a las operaciones de heroicas virtudes, y con ellas se vuelve a retraer al mismo principio donde salió, que es el mismo Dios, en cuya sombra (Cant., 2, 3) descansa sosegada y quieta, sin que la perturben los ímpetus furiosos de las pasiones y sus desordenados apetitos; pero esta felicidad alcanzan pocos, y sólo por experiencia la conoce quien la recibe.

613. Advierte, pues, carísima, y con atención profunda considera cómo ascenderás a lo alto de estos dones; porque la voluntad del Señor y la mía es que subas más arriba (Lc., 14, 10) en el convite que te previene su dulzura con la bendición de los dones (Sal., 20, 4), que para este fin de su liberalidad recibiste. Atiende que para la eternidad hay solos dos caminos: uno que lleva a la eterna muerte por el desprecio de la virtud y por la ignorancia de la Divinidad; otro lleva a la eterna vida por el conocimiento fructuoso del Altísimo; porque ésta es la vida eterna, que le conozcan a él y a su Unigénito que envió al mundo (Jn., 17, 3). El camino de la muerte siguen infinitos necios (Ecl., 1, 45) que ignoran su misma ignorancia, presunción y soberbia con formidable insipiecia. A los que llamó su Misericordia a su admirable lumbre (1 Pe., 2, 9) y los reengendró en hijos de la luz, les dio en esta generación el nuevo ser que tienen por la fe, esperanza y caridad, que los hace tuyos y herederos de la Divina y eterna fruición; y reducidos al ser de hijos les dio las virtudes que se infunden en la primera justificación, para que como hijos de la luz obren con proporción operaciones de luz; y tras ellas tiene prevenidos los dones del Espíritu Santo. Y como el sol

material a nadie niega su calor y luz, si hay capacidad y disposición para recibir la fuerza de sus rayos, tampoco la Divina Sabiduría que, dando voces en los altos montes, sobre los caminos reales y en las sendas más ocultas, en las puertas y plazas de las ciudades (Prov., 8, 1-3), convoca y llama a todos, a ninguno se negaría ni ocultaría. Pero la estulticia de los mortales los hace sordos, o la malicia impía los hace irrisores, y la incrédula perversidad los aparta de Dios, cuya sabiduría no halla lugar en el corazón malévolos, ni en el cuerpo sujeto a pecados (Sab., 1, 4).

614. Pero tú, hija mía, advierte en tus promesas, vocación y deseos; porque la lengua que miente a Dios es feo homicida de su alma (Sab., 1, 11); y no celes la muerte en el error de la vida, ni adquieras la perdición con las obras de tus manos, como se te manifiesta en la divina luz que lo hacen los hijos de las tinieblas. Teme al poderoso Dios y Señor con temor santo, humilde y bien ordenado, y en todas tus obras te gobierna con este Maestro. Ofrece tu corazón blando, fácil y dócil a la disciplina y obras de piedad. Juzga con rectitud de la virtud y del vicio. Anímate con invencible fortaleza para obrar lo más arduo y levantado y sufrir lo más adverso y difícil de los trabajos. Elige con discreción los medios para la ejecución de estas obras. Atiende a la fuerza de la divina luz, con que transcederás todo lo sensible y subirás al conocimiento altísimo de lo oculto de la Divina sabiduría y aprenderás a dividir el hombre nuevo del antiguo; y te harás capaz de recibirla, cuando entrando en la oficina del vino de tu Esposo serás embriagada de su amor, ordenada en ti su caridad eterna.

CAPITULO 14

Decláranse las formas y modos de visiones Divinas que tenía la Reina del Cielo y los efectos que en ella

causaban.

615. **La gracia de visiones Divinas, revelaciones y raptos** —no hablo de la visión beatífica— aunque son operaciones del Espíritu Santo, se distinguen de la gracia justificante y virtudes que santifican y perfeccionan el alma en sus operaciones; y porque no todos los justos y Santos tienen forzosamente visiones ni revelaciones Divinas, se prueba que puede estar la santidad y virtudes sin estos dones. Y también que no se han de regular las revelaciones y visiones por la santidad y perfección de los que las tienen, sino por la voluntad Divina que las concede a quien es servido y cuando conviene, y en el grado que su sabiduría y voluntad dispensan, obrando siempre con medida y peso (Sab., 11, 21) para los fines que pretende en su Iglesia; bien puede comunicar Dios mayores y más altas visiones y revelaciones al menos santo y menores al mayor. Y el don de la profecía con otros *gratis datos* puede concederlos a los que no son santos; y algunos raptos pueden resultar de causa que no sea precisamente virtud de la voluntad; y por esto, cuando se hace comparación entre la excelencia de los profetas, no se habla de la santidad, que solo Dios puede ponderarla (Prov., 16 2), sino de la luz de la profecía y modo de recibirla, en que se puede juzgar cuál sea más o menos levantado, según diferentes razones. Y en la que se funda esta doctrina es, porque la caridad y virtudes, que hacen santos y perfectos a los que las tienen, tocan a la voluntad, y las visiones, revelaciones y algunos raptos pertenecen al entendimiento o parte intelectiva, cuya perfección no santifica al alma.

616. **Pero no obstante que la gracia de visiones divinas sea distinta de la santidad y virtudes, qué pueden separarse, con todo eso la voluntad y Providencia Divina las junta muchas veces según el fin y motivo que tiene en comunicar estos dones gratuitos de las**

revelaciones particulares; porque algunas veces las ordena al beneficio público común de la Iglesia, como lo dice el Apóstol (1 Cor., 12, 7); y sucedió con los profetas que inspirados de Dios por Divinas revelaciones del Espíritu Santo (2 Pe., 1, 21), y no por su propia imaginación, hablaron y profetizaron para nosotros (1 Pe., 1, 10) los Misterios de la Redención y Ley Evangélica. Y cuando las revelaciones y visiones son de esta condición, no es necesario que se junten con la santidad; pues Balaán fue profeta y no era santo. Pero a la Divina Providencia convino con gran congruencia que comúnmente los Profetas fuesen Santos, y no depositase el espíritu de profecía y divinas revelaciones en vasos inmundos fácil y frecuentemente —(aunque en algún caso particular lo hiciese como poderoso)—, porque no derogase a la verdad Divina y a su Magisterio la mala vida del instrumento; y por otras muchas razones.

617. Otras veces las Divinas revelaciones y visiones o no son de cosas tan generales y no se enderezan al bien común inmediatamente, sino al beneficio particular del que las recibe; y así como las primeras son efecto del amor que Dios tuvo y tiene a su Iglesia, así estas revelaciones particulares tienen por causa el amor especial con que ama Dios al alma, que se las comunica para enseñarla y levantarla a más alto grado de amor y perfección. Y en este modo de revelaciones se transfiere el espíritu de la sabiduría por diferentes generaciones en las almas santas para hacer profetas y amigos de Dios (Sab., 7, 27). Y como la causa eficiente es el amor divino particularizado con algunas almas, así la causa final y efecto es la santidad, pureza y amor de las mismas almas; y el beneficio de las visiones y revelaciones es el medio por donde se consigue todo esto.

618. No quiero decir en esto que las revelaciones y visiones Divinas son medio preciso y necesario

absolutamente para hacer santos y perfectos, porque muchos lo son por otros medios, sin estos beneficios; pero suponiendo esta verdad, que sólo pende de la Divina voluntad conceder o negar a los justos estos dones particulares, con todo esto, de parte nuestra y de parte del Señor hay algunas razones de congruencia que alcanzamos para que Su Majestad las comunique tan frecuentemente a muchos siervos suyos. La primera entre otras es, porque de parte de la criatura ignorante el modo más proporcionado y conveniente para que se levante a las cosas eternas, entre en ellas y se espiritualice para llegar a la perfecta unión del sumo bien, es la luz sobrenatural que se le comunica de los Misterios y secretos del Altísimo por las particulares revelaciones, visiones e inteligencias que recibe en la soledad y en el exceso de su mente; y para esto la convida el mismo Señor con repetidas promesas y caricias, de cuyos misterios está llena la Escritura Santa, y en particular los Cantares de Salomón.

619. La segunda razón es de parte del Señor, porque el amor es impaciente para no comunicar sus bienes y secretos al amado y al amigo. *Ya no quiero llamaros ni trataros como a siervos, sino como a amigos* —dijo a los apóstoles el Maestro de la verdad eterna (Jn., 15, 15)— *porque os he manifestado los secretos de mi Padre.* Y de Moisés se dice que Dios hablaba con él como con un amigo (Ex., 33, 11). Y los Santos Padres, Patriarcas y Profetas no sólo recibieron del Espíritu Divino las revelaciones generales, pero otras muchas particulares y privadas, en testimonio del amor que les tenía Dios, como se colige de la petición de San Moisés que le dejase el Señor ver su cara (lb. 13). Esto mismo dicen los títulos que da el Altísimo a las almas escogidas, llamándolas esposa, amiga, paloma, hermana, perfecta, dilecta, hermosa (Cant., 4, 8-9; 2, 10; 1, 14), etc. Y todos estos títulos, aunque declaran mucho de la fuerza del Divino

amor y sus efectos, pero todos significan menos de lo que hace el Rey supremo con quien así quiere honrar; porque sólo este Señor es poderoso para lo que quiere, y sabe querer como esposo, como amigo, como padre, y como infinito y sumo bien, sin tasa ni medida.

620. **Y no pierde su crédito esta verdad por no ser entendida de la sabiduría carnal; ni tampoco porque algunas almas se hayan deslumbrado con ella, dejándose engañar por el ángel de Satanás transformado en luz (2 Cor., 11, 14), con algunas visiones y revelaciones falsas. Este daño ha sido más frecuente en mujeres por su ignorancia y pasiones, pero también ha tocado a muchos varones al parecer fuertes y científicos. Pero en todos ha nacido de una mala raíz; y no hablo de los que con diabólica hipocresía han fingido falsas y aparentes revelaciones, visiones y raptos sin tenerlos, sino de los que con engaño las han padecido y recibido del demonio, aunque no sin grave culpa y consentimiento. Los primeros más se puede decir que engañan, y los segundos que al principio son engañados; porque la antigua serpiente, que los conoce inmortalizados en las pasiones y poco ejercitados los sentidos interiores en la ciencia de las cosas Divinas, les introduce con sutileza astutísima una oculta presunción de que son muy favorecidos de Dios y les roba el humilde temor, levantándolos en deseos vanos de curiosidad y de saber cosas altas y revelaciones, codiciando visiones extáticas y ser singulares y señalados en estos favores; con que abren la puerta al demonio, para que los llene de errores y falsas ilusiones y les entorpezca los sentidos con una confusa tiniebla interior, sin que entiendan ni conozcan cosa Divina ni verdadera, si no es alguna que les representa el enemigo para acreditar sus engaños y disimular su veneno.**

621. **A este peligroso engaño se ocurre temiendo con humildad y no deseando saber altamente (Rom., 11, 20),**

no juzgando su aprovechamiento en el tribunal apasionado del propio juicio y prudencia, remitiéndolo a Dios y a sus Ministros y Confesores Doctos, examinando la intención; pues no hay duda que se conocerá si el alma desea estos favores por medio de la virtud y perfección o por la gloria exterior de los hombres. Y lo seguro es nunca desearlos y temer siempre el peligro, que es grande en todos tiempos y mayor en los principios; porque las devociones y dulzuras sensibles, dado que sean del Señor —que tal vez las remeda el demonio— no las envía Su Majestad porque el alma esté capaz del manjar sólido de los mayores secretos y favores, sino por alimento de párvulos, para que con más veras se retiren de los vicios y se nieguen a lo sensible y no porque se imaginen por adelantados en la virtud; pues aun los raptos que resultan de admiración, suponen más ignorancia que amor. Pero cuando el amor llega a ser extático, fervoroso, ardiente, mobile, líquido, inaccesible, impaciente de otra cosa fuera de la que ama, y con esto ha cobrado imperio sobre todo afecto humano, entonces está dispuesta el alma para recibir la luz de las revelaciones ocultas y visiones Divinas, y más se dispone cuanto con esta luz Divina sabe desearlas menos por indigna de menores beneficios. Y no se admiren los hombres sabios de que las mujeres hayan sido tan favorecidas en estos dones; porque a más de ser fervientes en el amor escoge Dios lo más flaco por testigo más abonado de su poder; y tampoco no tienen la ciencia de la teología adquirida como los varones doctos, si no se les infunde el Altísimo para iluminar su flaco e ignorante juicio.

622. Entendida esta doctrina —cuando no hubiera en María Santísima otras especiales razones— conoceremos que las divinas revelaciones y visiones que le comunicó el Altísimo fueron más altas, más admirables, más frecuentes y divinas que a todo el resto de los Santos.

Estos dones —como los demás— se han de medir con su dignidad, santidad, pureza y con el amor que su Hijo y toda la beatísima Trinidad tenía a la que era Madre del Hijo, Hija del Padre y Esposa del Espíritu Santo. Con estos títulos se le comunicaban los influjos de la divinidad, siendo Cristo Señor nuestro y su Madre más amados con infinito exceso que todo el resto de los Santos Ángeles y hombres. A cinco grados o géneros de visiones divinas reduciré las que tuvo nuestra soberana Reina, y de cada una diré lo que pudiere, como se me ha manifestado.

Visión clara de la Divina esencia a María Santísima.

623. La primera y sobreexcelente fue la visión beatífica de la esencia Divina, que muchas veces vio claramente siendo viadora y de paso; y todas las iré nombrando desde el principio de esta Historia (Cf. supra n. 333, 340; infra p. II n. 139, 473, 956, 1523 y p. III n. 62, 494, 603, 616, 654, 685) en los tiempos y ocasiones que recibió este supremo beneficio para la criatura. De otros Santos dudan algunos doctores si en la carne mortal han llegado a ver la Divinidad clara e intuitivamente; pero dejando las opiniones de los otros, no la puede haber de la Reina del Cielo, a quien se hiciera injuria en medirla con la regla común de los demás Santos; pues muchos y más favores y gracias de las que en ellos eran posibles se ejecutaron en la Madre de la gracia, y por lo menos la visión beatífica es posible de paso —sea por el modo que fuere— en los viadores. La primera disposición en el alma que ha de ver la cara de Dios, es la gracia santificante en grado muy perfecto y no ordinario; la que tenía la santísima alma de María desde el primer instante fue superabundante y con tal plenitud que excedía a los supremos Serafines. A la gracia santificante ha de acompañar para ver a Dios gran pureza en las potencias, sin haber en ellas reliquia ni efecto ninguno de la culpa; y como si en un vaso que hubiese recibido algún licor

inmundo, sería necesario lavarle, limpiarle y purificarle hasta que no le quedase olor ni resabios de él, para que no se mezclase con otro licor purísimo que se había de poner en el mismo vaso, así del pecado y sus efectos —y más de los actuales— queda el alma como inficionada y contaminada. Y porque todos estos efectos la improporcionan con la suma bondad, es necesario que para unirse con ella por visión clara y amor beatífico sea primero lavada y purificada, de suerte que no le quede remanente, ni olor, ni sabor de pecado, ni hábito vicioso, ni inclinación adquirida por ellos. Y no sólo se entiende esto de los efectos y máculas que dejan los pecados mortales, sino también de los veniales, que causan en el alma justa su particular fealdad, como —a nuestro modo de entender— si a un cristal purísimo le tocase el aliento que le entraña y oscurece; y todo esto se ha de purificar y reparar para ver a Dios claramente.

624. A más de esta pureza, que es como negación de mácula, si la naturaleza del que ha de ver a Dios beatíficamente está corrupta por el primer pecado, es necesario cauterizar el fomes; de suerte que para este supremo beneficio quede extinto o ligado, como si no le tuviese la criatura; porque entonces no ha de tener principio ni causa próxima que la incline al pecado ni a imperfección alguna; porque ha de quedar como imposibilitado el libre albedrío para todo lo que repugna a la suma santidad y bondad; y de aquí y de lo que diré adelante se entenderá la dificultad de esta disposición viviendo el alma en carne mortal. Y que se ha de conceder este altísimo beneficio con mucho tiento y no sin grandes causas y mucho acuerdo, la razón que yo entiendo es, porque en la criatura sujeta al pecado hay dos improporciones y distancias inmensas comparada con la Divina naturaleza; la una consiste en que Dios es invisible, infinito, acto purísimo y simplicísimo, y la criatura es corpórea, terrena, corruptible y grosera; la

otra es la que causa el pecado, que dista sin medida de la suma bondad; y ésta es mayor improporción y distancia que la primera; pero entrambas se han de quitar para unirse estos extremos tan distantes, llegando la criatura a ponerse en el supremo modo con la divinidad y asimilarse al mismo Dios, viéndole y gozándole como él es (1 Jn., 3, 2).

625. Toda esta disposición de pureza y limpieza de culpa o imperfección tenía la Reina del Cielo en más alto grado que los mismos Ángeles; porque ni le tocó el pecado original ni actual, ni los efectos de ninguno de ellos; más pudo en ella la Divina gracia y protección para esto que en los ángeles la naturaleza por donde estaban libres de contraer estos defectos; y por esta parte no tenía María Santísima improporción ni óbice de culpa que la retardase para ver la Divinidad. Por otra parte, a más de ser inmaculada, su gracia en el primer instante sobreexcedía a la de los ángeles y Santos, y sus merecimientos eran con proporción a la gracia; porque en el primer acto mereció más que todos con los supremos y últimos que hicieron para llegar a la visión beatífica de que gozan. Conforme a esto, si en los demás Santos es justicia diferir el premio que merecen de la gloria hasta que llegue el término de la vida mortal, y con él también el de merecerla, no parece contra justicia que con María Santísima no se entienda tan rigurosamente esta ley, y que con ella tenga el altísimo Gobernador otra providencia y la tuviese mientras vivía en carne mortal. No sufría tanta dilación el amor de la Beatísima Trinidad para con esta Señora, sin manifestársele muchas veces; pues lo merecía sobre todos los Ángeles, Serafines y Santos que con menos gracia y merecimientos habían de gozar del sumo bien. Fuera de esta razón, había otra de congruencia para manifestarse la Divinidad claramente, por ser elegida para Madre del mismo Dios, porque conociese con experiencia y fruición el tesoro de la

Divinidad infinita, a quien había de vestir de carne mortal y traer en sus virginales entrañas; y después tratase a su Hijo Santísimo como a Dios verdadero, de cuya vista había gozado.

626. Pero con toda la pureza y limpieza que está dicha y añadiéndole al alma la gracia que la santifica, no está proporcionada ni dispuesta para la visión beatífica, porque le faltan otras disposiciones y efectos Divinos que recibía la Reina del cielo cuando gozaba de este beneficio; y con mayor razón las ha menester cualquiera otra alma si le hiciesen este favor en carne mortal. Estando, pues, el alma limpia y santificada, como he dicho, le da el Altísimo un retoque como con un fuego espiritualísimo, que la caldea y acrisola como al oro el fuego material, al modo que los Serafines purificaron a Isaías (Is., 6, 7). Este beneficio hace dos efectos en el alma; el uno, que la espiritualiza y separa de ella —a nuestro modo de entender— la escoria y terrenidad de su propio ser y de la unión terrena del cuerpo material; el otro, que llena toda el alma de una nueva luz que destierra no sé qué oscuridad y tinieblas, como la luz del alba destierra las de la noche; y esta nueva luz se queda en posesión, y la deja clarificada y llena de nuevos resplandores de este fuego. Y a esta luz se siguen otros efectos en el alma; porque, si tiene o ha tenido culpas, las llora con incomparable dolor y contrición, a que no puede llegar ningún otro dolor humano, que todos en comparación del que aquí se siente son muy poco penosos. Luego se siente otro efecto de esta luz, que purifica el entendimiento de todas las especies que ha cobrado por los sentidos de las cosas terrenas y visibles o sensibles, porque todas estas imágenes y especies adquiridas por los sentidos desproporcionan al entendimiento y le sirven de óbice para ver claramente al sumo espíritu de la divinidad; y así es necesario despejar la potencia y limpiarla de aquellos terrenos simulacros y

retratos que la ocupan, no sólo para que no vea clara e intuitivamente a Dios, pero también para que no le vea abstractivamente, que para esta visión asimismo es necesario purificarle.

627. En el alma purísima de nuestra Reina, como no había culpas que llorar, hacían los demás efectos estas iluminaciones y purificaciones, comenzando a elevar a la misma naturaleza y proporcionarla para que no estuviese tan distante del último fin y no sintiese los efectos de lo sensible y dependencia del cuerpo. Y junto con esto causaban en aquella alma candidísima nuevos afectos y movimientos de humillación y propio conocimiento de la nada de la criatura, comparada con el Criador y con sus beneficios; con que se movía su inflamado corazón a otros muchos actos heroicos de virtudes; y los mismos efectos haría este beneficio respectivamente, si Dios se le comunicase a otras almas disponiéndolas para las visiones de su Divinidad.

628. Bien podría juzgar nuestra rudeza que bastan para llegar a la visión beatífica estas disposiciones referidas; pero no es así, porque sobre ellas falta otra cualidad, vapor o lumen más divino, antes del *lumen gloriae*. Y esta nueva purificación, aunque es semejante a las que he dicho, todavía es diferente en sus efectos; porque levanta al alma a otro estado más alto y sereno, donde con mayor tranquilidad siente una paz dulcísima, la cual no sentía en el estado de las disposiciones y purificaciones primeras; porque en ellas se siente alguna pena y amargura de las culpas, si las hubo, o si no, un tedio de la misma naturaleza terrena y vil; y estos efectos no se compadecen con estar el alma tan cerca y asimilada a la suma felicidad. Paréceme que las primeras purificaciones sirven para mortificar, y ésta que ahora digo sirve de vivificar y sanar a la naturaleza; y en todas juntas procede el Altísimo como el pintor, que dibuja primero la

imagen y luego le da los primeros colores en bosquejo, y después le da los últimos para que salga a luz.

629. Sobre todas estas purificaciones, disposiciones y efectos admirables que causan, comunica Dios la última que es el *lumen gloriae*, con el cual se eleva, conforta y acaba de proporcionarse el alma para ver y gozar a Dios beatíficamente. En este lumen se le manifiesta la Divinidad, que sin él no podrá ser vista de ninguna criatura; y como es imposible por sí sola alcanzar este lumen y disposiciones, por eso lo es también ver a Dios naturalmente, porque todo sobreexcede a las fuerzas de la naturaleza.

630. Con toda esta hermosura y adorno era prevenida la Esposa del Espíritu Santo, Hija del Padre y Madre del Hijo, para entrar en el tálamo de la Divinidad, cuando gozaba de paso de su vista y fruición intuitiva. Y como todos estos beneficios corresponden a su dignidad y gracias, por eso no puede caer debajo de razones ni de pensamiento criado —y menos en el de una mujer ignorante— qué tan altas y divinas serían en nuestra Reina estas iluminaciones; y mucho menos se puede ponderar y apear el gozo de aquella alma santísima sobre todo el más levantado de los supremos Serafines y Santos. Si de cualquier justo, aunque sea el menor de los que gozan de Dios, es verdad infalible que ni ojos lo vieron, ni oídos lo oyeron, ni puede caer en humano pensamiento aquello que Dios le tiene preparado (1 Cor., 2, 9) ¿qué será para los mayores Santos? Y si el mismo Apóstol que dijo esto, confesó no podía decir lo que él había oído (2 Cor., 12, 4), ¿qué dirá nuestra cortedad de la Santa de los Santos y Madre del mismo que es gloria de los Santos? Después del alma de su Hijo Santísimo, que era hombre y Dios verdadero, ella fue la que más misterios y sacramentos conoció y vio en aquellos infinitos espacios y secretos de la Divinidad; a

ella más que a todos los Bienaventurados se le franquearon los tesoros infinitos, los ensanches de la eternidad de aquel objeto inaccesible, que ni el principio ni el fin le pueden limitar; allí quedó letificada (Sal., 45, 5) y bañada esta Ciudad de Dios del torrente de la Divinidad, que la inundó con los ímpetus de su sabiduría y gracia, que la espiritualizaron y divinizaron.

Visión abstractiva de la Divinidad que tenía María Santísima.

631. El segundo modo y forma de visiones de la Divinidad que tuvo la Reina del cielo fue abstractivo, que es muy diferente y muy inferior al intuitivo; y por eso era más frecuente, aunque no cotidiano o incesante. Este conocimiento o visión comunica el Altísimo, no descubriendose en sí mismo inmediatamente al entendimiento criado, sino mediante algún velo o especies en que se manifiesta; y por haber medio entre el objeto y la potencia, es inferiorísima esta vista respecto de la visión clara intuitiva; y no enseña la presencia real, aunque la contiene intelectualmente con inferiores condiciones. Y aunque conoce la criatura que está cerca de la Divinidad, y en ella descubre los atributos, perfecciones y secretos, que como en espejo voluntario le quiere Dios mostrar y manifestar, pero no siente ni conoce su presencia, ni la goza a satisfacción ni hartura.

632. Con todo eso, este beneficio es grande, raro, y después de la visión clara es el mayor; y aunque no pide *lumen gloriae* más de la luz que tienen las mismas especies, ni tampoco se requiere la última disposición y purificación a que sigue el *lumen gloriae*, pero todas las demás disposiciones antecedentes que preceden a la visión clara, preceden a ésta; porque con ella entra el alma en los atrios (Sal., 64, 5) de la casa del Señor Dios eterno. Los efectos de esta visión son admirables, porque

a más del estado que supone el alma, hallándola a sí sobre sí (Lam., 3, 28), la embriaga (Sal., 25, 9) de una inefable e inexplicable suavidad y dulzura, con que la inflama en el amor Divino y se transforma en él y la causa un olvido y enajenamiento de todo lo terreno y de sí misma, que ya no vive ella en sí, sino en Cristo, y Cristo en ella (Gal., 2, 20). Fuera de esto le queda de esta visión al alma una luz, que si no la perdiese por su negligencia y tibieza o por alguna culpa, siempre la encaminaría a lo más alto de la perfección, enseñándola los más seguros caminos de la eternidad, y sería como el fuego perpetuo del santuario (Lev., 6, 12) y como la lucerna de la ciudad de Dios (Ap., 22, 5).

633. Estos y otros efectos causaba esta visión Divina en nuestra soberana Reina con grado tan eminente, que no puedo yo explicar mi concepto con los términos ordinarios. Pero déjase entender algo considerando el estado de aquella alma purísima, donde no había impedimento de tibieza ni óbice de culpa, descuido, ni olvido, ni negligencia, ni ignorancia, ni una mínima inadvertencia; antes estaba llena de gracia ardiente en el amor, diligente en el obrar, perpetua e incesante en alabar al Criador, solícita y oficiosa en darle gloria y dispuesta para que su brazo poderoso obrase en ella sin contradicción ni dificultad alguna. Tuvo este género de visión y beneficio en el primer instante de su concepción, como ya he dicho en su lugar (Cf. supra n. 229, 237, 312, 383, 389), y después muchas veces en el discurso de su vida santísima, de que también hablaré adelante (Cf. infra n. 734, 742; p. II n. 6-8; p. III n. 537).

>>sigue parte 5>>

